

Cuenta el Bosque

2026

MICROCIENTOS AMBIENTALES

Bosque Seco Tropical y Manglar





ISBN: 978-956-9037-39-9

DOI: <https://doi.org/10.47189/book20260703>

<https://www.uteg.edu.ec/wp-content/uploads/2026/07/Libroel-Bosque.pdf>

© De los autores

© Recinatur

© Dirección General de Ambiente de la Muy Ilustre Municipalidad de Guayaquil

Edición:

Luis Carlos Mussó

Coedición:

Christian Armijo

Diseño y diagramación:

Ricardo Espinoza





MUY ILUSTRE
MUNICIPALIDAD
DE GUAYAQUIL
POR GUAYAQUIL INDEPENDIENTE

Dirección General de Ambiente





Prefacio



El Despertar de una Conciencia Ambiental: Nuestra Primera Edición Guayaquil es una ciudad que late al ritmo de su naturaleza. Desde la majestuosidad de nuestros manglares hasta la resiliencia de nuestro bosque seco tropical, el patrimonio natural de nuestro cantón es el legado más valioso que poseemos.

Sin embargo, proteger este tesoro requiere más que leyes; exige una ciudadanía conectada con su entorno. Es un honor presentar la primera edición del libro digital “Concurso Cuenta el Bosque 2025”. Esta publicación no es solo una recopilación de relatos; es un hito institucional en nuestra gestión, al ser la primera vez que consolidamos las voces, la creatividad y la visión de nuestra juventud en una obra dedicada exclusivamente a la narrativa ambiental.

A través de estas páginas, los jóvenes participantes de Guayaquil nos demuestran que la conservación no es un concepto abstracto, sino una historia que se escribe día a día. El talento aquí plasmado visibiliza la biodiversidad local y refuerza nuestro compromiso por construir una ciudad más sostenible, donde el desarrollo camine de la mano con el respeto a los ecosistemas que nos dan vida.

Desde la Dirección General de Ambiente del Muy Ilustre Municipio de Guayaquil, expresamos nuestro agradecimiento a la Universidad Tecnológica Empresarial de Guayaquil (UTEG) por fortalecer esta articulación interinstitucional, que permite que el mensaje de “Cuenta el Bosque” vaya más allá de las aulas y se consolide como una herramienta de sensibilización y educación ambiental permanente.

Invitamos a todos a leer estos textos con los ojos de quien descubre un bosque por primera vez: con asombro, esperanza y la firme convicción de que el futuro de nuestro patrimonio natural está en buenas manos.

Ing. Isabel Tamariz
Directora General de Ambiente





Prólogo

Los bosques cuentan historias, lo hacen a través del susurro de sus hojas, del vuelo de las aves que los habitan, del murmullo de los ríos que los atraviesan y de la memoria viva que resguarda cada árbol. Sin embargo, pocas veces tenemos la oportunidad de escucharlos con tanta claridad como en las páginas de este libro.

Cuenta el Bosque 2025 es mucho más que una recopilación de cuentos; es una invitación a mirar nuestro entorno natural desde la sensibilidad, la creatividad y la esperanza de las nuevas generaciones. Cada relato reunido en esta obra constituye una ventana hacia un mundo donde la naturaleza habla, siente, enseña y nos recuerda la responsabilidad que tenemos de protegerla.

Los autores de estos cuentos, niños y jóvenes participantes del concurso organizado por la Dirección de Ambiente de la muy Ilustre Municipalidad de Guayaquil, han demostrado que la literatura puede convertirse en una poderosa herramienta de educación ambiental, a través de personajes entrañables, especies emblemáticas de nuestros ecosistemas y escenarios inspirados en la riqueza natural del Ecuador, sus historias nos acercan a problemáticas reales como la deforestación, el tráfico ilegal de fauna, la contaminación y la pérdida de biodiversidad, pero también nos muestran caminos de esperanza, solidaridad y acción.

En estas páginas encontraremos jaguares guardianes de la selva, manglares que resisten el paso del tiempo, árboles que conservan la memoria de los pueblos, animales que luchan por proteger su hogar y jóvenes protagonistas que comprenden que el futuro del planeta depende de las decisiones que tomemos hoy. Son narraciones que combinan imaginación y conciencia ambiental, recordándonos que cada especie cumple un papel esencial en el equilibrio de la vida.

La lectura de esta obra nos permite constatar que las nuevas generaciones no solo observan los desafíos ambientales de nuestro tiempo, sino que también proponen soluciones, inspiran cambios y construyen relatos capaces de despertar empatía y compromiso. Sus voces representan una valiosa contribución a la formación de una ciudadanía más consciente, responsable y conectada con la naturaleza.

En este contexto, la Universidad Tecnológica Empresarial de Guayaquil (UTEG) reafirma su compromiso con la promoción de iniciativas que fortalezcan la educación ambiental, la cultura y la participación activa de niños, niñas y jóvenes en la construcción de un futuro sostenible. Como institución de educación superior, creemos que la formación de ciudadanos comprometidos con el desarrollo de su comunidad requiere espacios donde la creatividad, la reflexión y la sensibilidad





hacia el entorno puedan florecer. Concursos como Cuenta el Bosque demuestran que la literatura tiene el poder de inspirar cambios, fortalecer valores y despertar una conciencia ambiental capaz de transformar realidades.

Asimismo, esta obra constituye un ejemplo de cómo la articulación entre las instituciones públicas, la Universidad y la comunidad puede generar oportunidades para que las nuevas generaciones expresen su visión del mundo y contribuyan activamente a la protección de nuestro patrimonio natural. La creatividad de estos jóvenes escritores nos recuerda que la sostenibilidad no solo se construye desde la ciencia o la política pública, sino también desde el arte, la cultura y la capacidad de imaginar un futuro mejor.

Que estas historias inspiren a sus lectores a escuchar con atención la voz del bosque, a valorar la extraordinaria biodiversidad que nos rodea y a comprender que cada acción, por pequeña que parezca, puede contribuir a preservar la vida para las generaciones futuras.

Dr. Sedolfo Carrasquero Ferrer
Director de Innovación
Universidad Tecnológica Empresarial de Guayaquil – UTEG





Tabla de contenido

11 Con
ojos
dormidos

16 Viviendo
por la
brisa

20 Es
hermoso

23 Las hojas
que renacen
del Samán

26 La niña que
hablaba con
los árboles

29 El manglar:
aventura al
rescate

35 La sombra
del mangle
negro

37 Alcanzamos
el Cielo

40 El Hombre
y el Gavilán

46 El Hombre
y el Jaguar

50 El susurro
del bosque
y la marea

52 Susurro
entre el mar
y el manglar

55 Rita y Layla:
Aventuras
en el bosque
mágico de
los sueños

58 El niño del
bosque





 **62** El Refugio
Eterno 

 **64** El secreto
de la Gran
Perla 

 **68** El bosque
de los
manglares 

 **70** El último
suspiro
del Agua
Sagrada 





Con ojos dormidos

Autora: Sofía Alejandra Brito Verdesoto

Edad : 16 años

La selva jamás duerme. El aire se sentía espeso, lleno de humedad y del zumbido constante de insectos invisibles. Cada rama crujía como un susurro, cada sombra parecía moverse, vigilante. Entre ese canto salvaje avanzaba un grupo de hombres armados, cinco figuras que interrumpen la perfecta armonía con pasos pesados y risas contenidas. No eran exploradores ni científicos, sino cazadores. Cazadores de aquello que no debía cazarse. Traficantes de vida.

El primero, y líder del grupo, era conocido como Caimán. Su apodo es casi como un aviso. Ojos fríos, inmóviles pero calculadores y su sonrisa que recordaba la mordida de un depredador. Nadie se atrevía a contradecirlo. Se decía que había vendido más animales de los que podía contar y que en cada puerto del continente alguien lo conocía por su peculiar forma de hacer desaparecer especies exóticas como guacamayos, boas y hasta monos bebés. A su lado caminaba Puma, un acechador silencioso de piel canela, capaz de leer las huellas en el barro bajo sus pies, como si fueran letras. No hablaba demasiado, pero sus sentidos eran más agudos que los de un felino. Detrás de él iba Roble, un hombre alto como un tronco de ceibo, su risa ronca se escuchaba incluso antes de verlo. En sus manos aquellas gruesas trampas de hierro parecían juguetes.

Finalmente, al final de la fila, iba Esteban, el más joven. Apenas veinte años recién cumplidos, tenía en su mano un machete, aunque su agarre temblaba de vez en cuando. Sus botas nuevas se hundían en el espeso barro, delatando su inexperiencia. No pertenecía a ese lugar, ni a ese grupo; pero la necesidad en su vida lo habían empujado allí. El dinero parecía fácil y la promesa de aventuras mientras resolvían sus problemas, sonaron tentadores en su pueblo, donde apenas alcanzaba para comer. Sin embargo, a cada paso que daba, el corazón le latía más rápido y una duda incómoda creció dentro de él.

Caimán le observó por encima del hombro y dijo con tono amenazador.

—Recuerda, muchacho —dijo con voz grave —Aquí no hay espacio para

Dudas, lo que cazamos nos da de comer; y si no lo cazamos nosotros, otros lo

harán —

Esteban bajó la mirada y asintió con duda en su rostro, aunque en su mente esas palabras chocaban con algo que no sabía nombrar.

La selva parecía escucharlo todo, como si guardara silencio esperando la próxima decisión de los hombres. Un olor metálico y dulzón apareció de repente, como de sangre seca, impregnaba el aire. El viento agitó el alto de las copas y un rugido lejano estremeció a todos por un instante. La cacería estaba a punto de comenzar y todos sabían lo que eso significaba.

El día avanzaba lentamente, como si el tiempo mismo se resistiera a acompañar a los cazadores. El sol apenas lograba atravesar las hojas de la espesa selva, solo se percibían pequeños haces de luz dorada que lograban colarse entre las hojas. El calor era sofocante, y las camisas empapadas de sudor se pegaban a las espaldas de los hombres. Cada tanto, Puma se agachaba, hundiendo los dedos en la tierra húmeda, analizando las huellas con la concentración de un lector que descifrar un manuscrito antiguo.

—Hace poco pasó algo grande por aquí —dijo, con un tono tan bajo que parecía hablar consigo mismo.





Caimán se inclinó sobre él y sonrió, mostrando los dientes amarillentos.

—¿Un cocodrilo? ¿Un venado?

Puma negó con la cabeza, sus ojos clavados en el rastro apenas perceptible.

—No. Algo más... algo que no vemos todos los días.

El grupo se tensó. La promesa de una presa valiosa hacía brillar los ojos de Mora. El hombre apretó las manos contra el machete y soltó una carcajada breve antes de decir.

—Con suerte, será un jaguar, ya sabes cuánto pagan por su piel —

El silencio de la selva se quebró con un graznido estridente. Desde lo alto de las ramas apareció un ave de plumaje verde brillante, con una cola tan larga que parecía un cometa en movimiento. Esteban se quedó inmóvil, fascinado por aquel espectáculo de colores. Nunca habían visto algo tan hermoso. Pero antes de que pudiera decir palabra, un rugido poderoso retumbó a pocos metros, haciendo vibrar el suelo bajo sus pies.

De entre la maleza surgió la silueta imponente de un jaguar. Su pelaje no era dorado como el sol, o eso era lo que decían los relatos que le contaban a Esteban, su pelaje era blanco como la luna, salpicado de manchas grises que parecían sombras. La criatura se movía con una calma majestuosa, sus ojos ámbar brillando con un fulgor casi humano.

—¡Dios mío...! —murmuró Esteban, incapaz de apartar la mirada.

Mora, en cambio, soltó un silbido emocionado.

—¿Saben lo que vale esa bestia? Nos hacemos ricos de por vida—

El Caimán no apartó la vista del jaguar. Sus labios se curvaron en una sonrisa lenta, peligrosa.

—Ese animal no se mata. Se atrapa vivo. Lo quiero enjaulado antes de que amanezca.

El silencio volvió a caer sobre ellos. Esteban, con el corazón martillando en el pecho, sintió que no era un simple animal lo que los observaba, sino un guardián antiguo de la selva, un espíritu que no debía ser tocado.

La persecución comenzó al caer la tarde. El jaguar blanco había desaparecido entre los matorrales, pero Puma seguía el rastro con la precisión de un cazador que lleva toda la vida leyendo la selva. Cada rama rota, cada huella en el barro, cada gota de agua movida en el río era para él un mensaje claro. Caimán lo seguía de cerca, con los ojos encendidos por la ambición. Mora cargaba las redes y los dardos tranquilizantes, riéndose de vez en cuando, como si aquello fuera un juego. Esteban iba al final, con el corazón en la garganta, incapaz de ignorar la sensación de que los árboles lo observaban y el aire se escapaba de sus pulmones con desespero.

Al llegar a un claro, el grupo tendió una trampa. Colocaron trozos de carne impregnados con sedante y reforzaron la red de acero que habían cargado desde el campamento. Las horas pasaron lentas. La selva se oscureció y la sinfonía de grillos y ranas cubrió el aire. Entonces, un rugido rompió el silencio.

El jaguar apareció, caminando con la gracia de un rey. Se acercó al cebo con desconfianza, sus ojos brillando bajo la luz temblorosa de la luna.

—Ahora —susurró Caimán intentando advertir lo que venía.

El lazo se cerró de golpe, y la red cayó sobre el animal. El jaguar rugió con una fuerza que hizo eco en todo el bosque. Se revolcó, arañando las cuerdas, golpeando con furia, pero las drogas comen-





zaron a hacer efecto. Finalmente, cayó dentro de la jaula improvisada. Sus ojos, aun cansados, destilaban un odio que Esteban jamás había visto en un ser vivo.

—¡Lo tenemos! —gritó Mora, alzando el machete como trofeo.

Caimán se acercó lentamente, admirando al animal atrapado.

—Mírenlo bien, hombres. Este es nuestro pasaporte a la riqueza.

El grupo estalló en carcajadas y celebraciones. Todos menos Esteban. El joven permaneció quieto, clavando los ojos en la criatura. Sentía que esa mirada lo atravesaba, que el jaguar no era solo un animal, sino algo más antiguo, algo que pertenecía a la selva misma.

De repente, un trueno estalló en el cielo. Una lluvia torrencial comenzó a caer, apagando las risas y empapando el campamento improvisado. Esteban levantó la cabeza. Entre el estruendo de la tormenta, creyó escuchar otro rugido, uno que no provenía de la jaula. Era profundo, lejano, como si la selva entera reclamara lo que le habían arrebatado.

La lluvia no cesó en toda la noche. El campamento improvisado se convirtió en un lodazal, y las linternas parpadeaban, amenazando con apagarse en cualquier momento. Bajo una lona agujereada, los cazadores bebían ron y se turnaban para vigilar al jaguar, que no dejaba de moverse dentro de la jaula. El animal, empapado y furioso, lanzaba gruñidos que retumbaban en los pechos de los hombres, como si cada sonido llevara consigo una advertencia.

Esteban observaba en silencio, con el rostro iluminado a medias por la tenue llama de una lámpara de queroseno. No podía apartar la vista de los ojos del jaguar: brillaban con un fulgor extraño, casi humano, como brasas vivas que no se apagaban ni con la tormenta.

Puma, que bebía más que de costumbre, rompió el silencio con voz grave:

—Dicen que los pueblos de por aquí lo llaman el guardián... cuentan que aparece para castigar a quienes hieren la selva—

Mora soltó una carcajada áspera, golpeando la rodilla de Esteban.

—¿Escuchaste eso, chiquillo? Historias de borrachos y supersticiosos. Mañana lo venderemos y nos llenaremos los bolsillos.

Pero Puma no se rio. Bajó la voz, como si temiera que el mismo bosque lo escuchara.

—He visto huellas extrañas. Demasiado grandes, demasiado profundas. No eran de este jaguar. Algo más anda rondando—

Caimán, molesto, alzó la botella y la vació de un trago.

—¡Basta de cuentos! Lo único que importa es mantenerlo vivo hasta que crucemos el río. Lo demás son tonterías—

Un estruendo súbito interrumpió la conversación. Los monos aulladores comenzaron a gritar con furia desde lo alto de los árboles. Luego, un crujido metálico retumbó cerca de las jaulas donde guardaban otros animales capturados: loros, iguanas, serpientes. Cuando los cazadores corrieron a revisar, encontraron las jaulas abiertas. No había rastro de quién lo había hecho.

—¡Imposible! —exclamó Mora—. Las cerré yo mismo.

El Caimán apretó los dientes.

—Alguien se está metiendo con nosotros.





Pero Esteban, con el corazón acelerado, no pensaba en ladrones ni en rivales.

Sentía que la selva misma había decidido liberar a sus hijos. El viento sopló con violencia, apagando casi todas las linternas. Solo quedó la luz temblorosa de los relámpagos, que iluminaban por instantes el rostro del jaguar enjaulado.

Y en cada destello, parecía más grande, más terrible, como si estuviera esperando el momento exacto para recuperar su libertad.

El amanecer no trajo calma. La selva amaneció en un silencio extraño, pesado, como si contuviera la respiración. Los cazadores se levantaron cansados, con los nervios tensos y la ropa empapada por la tormenta. Fue entonces cuando notaron la primera ausencia.

—¿Dónde está Puma? —preguntó Mora, mientras miraba alrededor.

Su cama improvisada estaba vacía, y a pocos metros de allí encontraron el machete hundido en el barro, con extrañas marcas a su alrededor. No eran huellas humanas. Parecían garras, profundas y anchas, como si un animal gigantesco lo hubiera arrastrado.

—Esto no tiene sentido —murmuró Mora, frunciendo el ceño.

Caimán, en cambio, no mostró temor. Su ambición lo mantenía erguido, más terco que nunca.

—No importa. Puma sabía los riesgos. Lo único que importa es llevar ese jaguar al otro lado del río—

El rugido del animal enjaulado retumbó de nuevo, pero esta vez sonó distinto. No era solo furia: era un llamado. Un eco que pareció replicarse en toda la selva, multiplicándose hasta confundirse con el retumbar de la tierra.

Esteban sintió cómo la piel se le erizaba. El jaguar se movía con una fuerza imposible, empujando los barrotes de la jaula. El metal crujía bajo su peso. Mora corrió a reforzarlo, pero no alcanzó. En un salto brutal, el animal se lanzó contra la reja y la rompió como si estuviera hecha de ramas secas.

—¡Disparen! —gritó Caimán, alzando su rifle.

Los disparos resonaron, pero el jaguar parecía intocable. Se movía demasiado rápido, demasiado ágil. En un instante se abalanzó sobre Mora, hundiendo las fauces en su pecho. El grito del hombre se ahogó en un borbotón de sangre. La selva entera pareció temblar con aquel sonido.

Caimán disparaba sin descanso, maldiciendo, sus ojos desorbitados por la rabia y el miedo. Pero las balas se perdían en el aire espeso, como si la selva misma las tragara.

Esteban no disparó. No pudo. Sus manos temblaban y el arma se le resbalaba entre los dedos mojados. Solo pensaba en huir, en correr lo más lejos posible. El jaguar, libre y manchado de sangre, giró la cabeza hacia él. Sus ojos brillaron con una intensidad que lo paralizó. Durante un segundo, Esteban pensó que iba a morir. Pero el animal rugió, profundo, y lo dejó pasar.

Esteban echó a correr sin mirar atrás, con la certeza de que la selva había decidido perdonarlo solo por haber dudado. El río apareció frente a Esteban como una promesa de salvación. El agua corría oscura y rápida, golpeando las rocas con un murmullo constante. Se dejó caer de rodillas en la orilla, jadeando, con los músculos ardiendo y el corazón golpeándole en el pecho como un tambor de guerra. El aire olía a tierra mojada y a hierro, como si la selva hubiera sudado sangre durante la noche.

Detrás de él, el bosque guardaba un silencio extraño. No había disparos, ni gritos, ni risas roncadas de Mora, ni órdenes secas de Caimán. Solo quedaba el recuerdo del rugido que había hecho tem-





blar la tierra. Esteban cerró los ojos y, por un instante, juró sentir que ese rugido seguía vibrando dentro de él, como si lo hubiera marcado para siempre.

Se levantó con esfuerzo, tambaleándose. No sabía si debía huir río abajo o internarse de nuevo en la espesura, pero en el fondo comprendía que ningún camino lo devolvería a su vida anterior. La selva lo había visto. Lo había probado. Y ahora llevaba consigo una verdad que lo perseguiría hasta el último día de su existencia.

Pasaron las horas. Esteban cruzó el río en una balsa improvisada con troncos caídos y se alejó del campamento maldito. En el pueblo, nadie volvió a ver a Caimán ni a Mora. Sus nombres se convirtieron en rumores, historias dichas a media voz en las cantinas. Algunos aseguraban que se habían perdido en la selva; otros juraban que los devoró un jaguar gigante, un espíritu disfrazado de fiera.

Esteban nunca desmintió ni confirmó esas versiones. Guardaba silencio, con la mirada perdida cada vez que alguien mencionaba la palabra selva. Abandonó la caza para siempre y trabajó en oficios humildes, pero cada noche, al cerrar los ojos, los veía de nuevo: los ojos ámbar del jaguar, ardiendo como brasas en la oscuridad.

Con los años comprendió que no había sido un encuentro cualquiera. Había presenciado la furia de la naturaleza reclamando lo suyo, y había sobrevivido solo porque dudó, porque en su corazón aún había espacio para respetar lo sagrado.

El rugido del jaguar blanco nunca lo abandonó. Era un eco eterno que lo acompañaba en sueños y silencios. Un recordatorio implacable de que la vida no se vende, que la selva no se rinde y que hay guardianes que nunca permitirán que su voz sea encerrada en una jaula.





Viviendo por la brisa

Autor: Alejandra Valentina Guerra Escobar

Edad: 12 años

15 de septiembre del 2072:

Abrí los ojos y lo primero que pienso es en que pudo haber pasado si todo el mundo hubiera tenido un mínimo de preocupación en lo que le sucedió al planeta. Un atisbo de preocupación, pero tampoco podía pedir mucho literalmente más de media población está extinta un 45% de la humanidad sigue en pie y por ser precavidos. Privilegiadamente yo vivo en Ecuador, en Guayaquil más específicamente y se podría decir que este privilegio me llegó a salvar la vida, no por mucho tiempo claro, pero sí en gran parte de ella; ya que al quedar en una zona en la que literalmente es la mitad del mundo; la toxicidad del aire llegó después de que la mayoría de países hayan sufrido por intoxicación.

Aún no se sabe los motivos sobre el cual el país se contaminó más lento que los demás, pero agradezco poder vivir aquí, y a mi tío Jorge que me ayudó a poder vivir cómodamente si es que se le podría decir así, a este estilo de vida. Soy Carlos y tengo 16 años y con mi tío vamos a realizar un plan para ayudar a la ciudad y al mundo, sé que lo podemos lograr. Mi tío Jorge que es científico, dio gran parte de su vida para investigar al guayacán, un árbol que extrañamente se descubrió que transforma el contaminante del aire y lo convierte en oxígeno puro; su padre, mi abuelo Napoleón fue el que le otorgó este descubrimiento.

Mi tío está experimentando con el árbol, para tratar de replicar la forma en la que el árbol modifica el aire tóxico en el aire limpio; ya que lamentablemente el árbol está en peligro de extinción y solo existen 10 en toda América del sur la cual dos de estos árboles están en el centro de investigación que también es nuestra casa para variar. En lo que sigo haciendo mis tareas veo que mi tío Jorge recibe una llamada, comienza a hablar y se altera luego se calma y asintiendo con la cabeza. Lo miro extrañado y le preguntó:

—¿Qué sucede tío? — Mientras observo que se pone pálido y temblando.

—Es que recibí una llamada de unos de los centros de investigación en Asia en la que dicen haber encontrado la forma en la que funciona la manera de actuar de los guayaquanes! Lo vi emocionarse y sentí que casi lloraba y yo también probablemente—

—¿Tío es en serio? ¡No lo puedo creer si logramos encontrar la forma en la que funcionan los guayaquanes tendríamos una posible cura para la intoxicación mundial del medio ambiente! —

Estaba emocionado y literalmente lloraba de la posibilidad de poder vivir sin tener que depender de mascarillas especializadas para poder respirar bien y no morir en el intento.

—Dicen que la investigadora Kim Arin de Corea del Sur pudo describir la parte de la estructura que le faltaba a mi investigación —

Mi tío comienza arreglar las cosas en el laboratorio, yo lo ayudo y en lo que menos de lo que canta un gallo escucho el sonido del celular de mi tío.

—Voy a contestar posiblemente ya llegaron y vienen para acá— Sigo a mi tío esperando que me diga si ya están cerca y en eso escucho el timbre.

—¡Ya llegaron, Carlos! —





Rápidamente veo a mi tío abrir la puerta y puedo ver a la investigadora Kim y a dos guardias que tienen el logo de la empresa que se encarga de administrar las mascarillas para poder respirar.

—Hola mucho gusto soy Kim Arin investigadora y representante de del centro de investigación en Asia, un placer conocerlos—.

—El placer es todo mío, soy Jorge; como ya sabrá y estoy emocionado por ver parte de su investigación—

Veo que mi tío se hace a un lado y me presento.

—Soy Carlos su sobrino—. Mi tío mueve la cabeza y está en dirección de los dos uniformados de la empresa de mascarillas más importantes del mundo.

—Hola mucho gusto ¿y ustedes son? — Mi tío se queda esperando una respuesta y veo que uno de los dos guardias habla.

—Hola un placer somos representantes de la empresa “Mask” la empresa líder de en mascarillas especializadas en oxígeno, estamos aquí porque nos enteramos por medio de una de nuestras organizaciones que están avanzando en el proyecto para poder respirar bien nuevamente y nuestro jefe nos mandó a supervisar y ofrecerle una propuesta si todo sale según lo planeado. —

Me puse tieso más que propuesta parecía algún tipo de mala fe, veo a mi tío se puso serio, pero no dijo nada.

—Seguro lo hablaremos después de comparar mis investigaciones con las de la señorita Kim—

Kim que estuvo todo este momento con cara de póker asintió, y alzó una maleta para enseñar una carpeta y una especie de memoria externa.

—Estas son las múltiples pruebas que hicimos con distintas plantas, una de ellas el bototillo pero los resultados no fueron satisfactorios y luego vimos parte de la investigación de su padre y comenzamos unas pruebas con resultados positivos— Mi tío sonríe complacido y relajado.

—Carlos puedes ir a ver si están bien los animales del refugio? —

Me levanto y asiento. —Voy enseguida— Trotó hasta llegar al refugio y veo dónde está Mango, una zarigüeya de 4 ojos. Le sirvo agua y sigo mi camino hacia London, una boa esmeralda, para tirar su comida y la veo irse tímida a su escondite.

Por último llegó hasta donde Balú, un venado de cola blanca, que está con nosotros desde era una cría, acostada debajo de unos de los árboles de Guayacán. La acaricio y veo que todo está bien, ver a todos los animales que logramos salvar me hace sentir en compañía; más después de que mamá y papá fallecieron; este sentimiento me ha durado por mucho tiempo.

—Adiós los veré de nuevo en la noche— Regreso a ver a mi tío cuando escucho a unos de los representantes de mask.

—Debemos destruir todo el centro si logran avanzar que por lo visto será así, las ventas de Mask bajarán y el jefe nos dijo que nos iba a pasar si algo le pasaba a su compañía— noto la naturalidad con la que habla y eso me hace quedarme frío, sin saber qué hacer.

—¡Mi tío debe saberlo pero ya! — Me doy la vuelta para empezar a correr cuando uno de ellos me ve.

—¡Oye niño qué hacías ahí! ¡Carajo escuchó todo! — Veo como dos de ellos me persiguen y corro lo más rápido que puedo y para mi suerte la puerta del laboratorio de mi tío estaba abierta.





—¡Tío! ¡Ayuda! ¡Los representantes de...—

Llegó al laboratorio y mi tío no está, tampoco la señorita Kim.

—¡Niño entrometido que te creías escuchando conversaciones ajenas? — Me alza de mi camiseta y me sacude haciendo que me golpee la cabeza en el transcurso

. —¡Niño entrometido considérate muerto! — Lágrimas comienzan asomarse por mis ojos del miedo en eso veo a mi tío y la señorita Kim entrar y se quedan congelados al ver la escena.

—¿Qué carajos está pasando? ¿por qué tienen a mi sobrino así? ¿qué les sucede?! — Mi tío claramente enojado se acerca a mí para quitarme sus agarres.

—¡Qué estaban pensando, ¿qué está sucediendo aquí?! ¡CARLOS DIME QUE PASA! —Me quedo por un momento mudo de miedo y lo veo.

—Quieren interrumpir la investigación porque eso les traería problemas con las ventas de la empresa—. Veo que mi tío se pone pálido y me abraza y me aleja de mis atacantes.

—Señorita Kim tiene en sus manos la maleta con toda la información de las investigaciones? —Mi tío le pregunta y veo como me pasa al lado de la señorita Kim sin dejar de mirar a los representantes.

—Sí, las acabo de guardar ¿por qué lo dice? — Veo que le tiembla la voz al preguntar.

Mi tío se gira y en voz baja dice —Corran a mi señal—.

Ella se queda estupefacta y me agarra de la mano lista para cualquier movimiento, mi tío aparece con una barra de acero del laboratorio; los representantes se le tiran al ver que agarró la barra de metal. Esa fue la señal Kim y yo corrimos como si nuestras vidas dependieran de ellos y salimos al garaje del centro; nos pusimos unas mascarillas para poder respirar en el exterior.

Uno de los representantes viene corriendo y se tira encima del auto pero logramos entrar y arrancarlo; por ello el guardia tira un objeto a la ventana del carro y nos cae pedazos de vidrios encima. La señorita Kim acelera haciendo que unos de los representantes cayeran al suelo.

—¿Y MI TÍO?! ¿QUE PASA CON EL! ¡NO PODEMOS DEJARLO! — Digo y ella me mira y dice.

—Tú tío estará bien sospeche de los representantes desde que mi centro de investigación me dijo que me iban a acompañar y tuvimos que pensar en un plan para evitar la destrucción de las investigaciones, Todo salió bien ya tenemos la estructura para poder crear el mismo proceso de purificación que los guayacanes y eso nos ayudará a todos el mundo mientras se protege y se piensa en un plan para plantar guayacanes en el resto del planeta! —

Escuché con atención y solo puedo pensar en lo que costó esta solución, deseo que mi tío esté bien lo deseo con toda mi alma.

—No llores tú tío estará bien iremos en este momentos a las autoridades para que vayan al centro de investigación Jorge me dijo que saldría ileso de esto— Asiento sollozando y veo que ya estamos llegando donde las autoridades.

—¡Aquí eh! ¡Ayuda! necesito que un policía vaya al centro de investigación de Guayaquil debido un ataque—

La señorita Kim explica todo a las autoridades y veo como varios carros de policías se dirigen al centro. Pasó un máximo de 1 hora cuando veo a mi tío venir en uno de los carros de la policía, directamente corro hacia él y lo abrazó.





—¡Tío! Pensé que te iba a perder también—. Dije entre lágrimas.

—Tranquilo Carlos jamás iba a permitir que te quedaras solo en la vida—. Me abraza y veo que camina hacia la señorita Kim.

—Dime que no perdimos nada—. La señorita Kim lo mira y sonríe.

—Tenemos la cura para la intoxicación ambiental, ¡lo logramos Jorge! — Veo que hacen unas llamadas y por la radio se escucha el aviso de la cura descubierta en conjunto por el científico Jorge y la investigadora y científica Kim Arin, veo a mi alrededor y veo que las cosas pueden cambiar para bien del medio ambiente.

Fin.





Es hermoso

Autor: Gabriel Joshua Castaño Vargas

Edad: 17 años

Un adulto se sentó sobre una raíz gruesa de ceibo (*Ceiba trichistandra*), el gigante blanco del bosque seco, y apoyó la frente en sus manos. Entonces, se preguntó en silencio:

-¿Por qué hago todo esto? ¿Por qué me esfuerzo tanto en cuidar este manglar y este bosque? ¿Por qué hago más que los demás, si mi vida sigue siendo más dura, más difícil? Mientras otros viven libres, sin preocuparse, yo... yo me siento tan cansado-

Ese hombre se llama Lenin, y hoy, se cumplen veinte años desde que empezó a levantarse cada mañana para recoger basura, sembrar varias semillas, vigilar aves, hablar con niños en las escuelas. Dos décadas intentando que aquel rincón de tierra, donde el bosque seco se encuentra con el manglar, siguiera respirando. Lo hacía aunque la mayoría lo señalará como un viejo excéntrico, aunque apenas tuviera dinero, aunque la soledad lo devorara.

Una tarde, mientras recogía botellas atrapadas entre raíces de mangle rojo (*Rhizophora mangle*), vio a un joven que lo observaba con escepticismo. Tenía los hombros caídos y la mirada apagada.

-¿Y usted qué gana con eso? -preguntó el chico, casi con burla.

Lenin levantó la vista y, en vez de molestarse, sonrió con calma. -Nada-

El joven frunció el ceño. No entendió. Pero volvió al día siguiente, y al otro. Se llamaba Mateo.

Lo que Mateo desconocía, es que Lenin se hacía la misma pregunta, ¿Por qué hago todo esto?

En ese momento, unos niños aparecieron y gritaron

-¡Mira al viejo loco, hablando con los árboles! -gritó uno.

-¡Cree que va a salvar el mundo recogiendo basura! -se burló otro, lanzándole una botella vacía a los pies.

Las risas se perdieron en el aire como un eco cruel. Lenin no dijo nada. Solo se quedó en silencio, con la espalda encorvada y la mirada clavada en la tierra.

Mateo, que lo observaba a unos pasos, sintió rabia y vergüenza. Quiso defenderlo, pero tampoco encontró palabras. Caminó hasta él y lo ayudó a levantar la botella. Lenin entonces lo miró y, con voz cansada pero serena, dijo:

-No me duele que se rían de mí, me duele que se rían del bosque, porque no lo conocen-

Mateo apretó los labios. Fue gracias a ese acontecimiento, que Mateo decidió darles una oportunidad a los ideales de Lenin.

Días después caminaron juntos entre los árboles. Lenin señaló un guayacán (*Tabebuia chrysantha*). Era un árbol alto, con ramas gruesas y hojas firmes.

-Cuando florece, ilumina el bosque entero- explicó. Su néctar alimenta abejas y colibríes, y sus raíces profundas sujetan la tierra para que no se erosione. Si lo talan, no sólo perdemos un árbol, perdemos la vida que depende de él.





Mateo levantó la vista. Por primera vez, vio ese árbol de una forma distinta. Más adelante, un chillido agudo atravesó las ramas. Un grupo de pericos cachetigris (*Psittacara erythrogenys*) pasó volando. Sus plumas verdes se confunden con el follaje, salvo por el rojo en sus mejillas.

-Ellos -dijo Lenin- comen frutos y esparcen semillas a lo largo del bosque. Sin esos vuelos diarios, muchas especies de árboles no podrían regenerarse.

Mateo los siguió con la mirada.

Con el tiempo, Lenin le mostró más secretos. Una tarde, en el manglar, se toparon con un mapache cangrejero (*Procyon cancrivorus*). El animal buscaba cangrejos en la orilla con movimientos rápidos.

-Él es un pescador de la noche -susurró Lenin-. Controla las poblaciones de cangrejos y peces pequeños. Es una especie que mantiene un balance.

Mateo por primera vez, sonrió. Había algo en ese animal curioso que le recordaba a sí mismo, buscando respuestas donde nadie más miraba.

Días más tarde, vieron en la distancia a un venado de cola blanca (*Odocoileus virginianus*). Lenin explicó que eran dispersores de semillas, que gracias a donde caminaban, creaban senderos y servían para regenerar el bosque.

También descubrieron a la iguana rayada (*Iguana iguana*), inmóvil sobre una rama bajo el sol. Lenin le contó que, al alimentarse de frutos y hojas, ayudaban a podar naturalmente la vegetación, controlando su crecimiento. Pero lo que más le causó gracia a Mateo, fue el nombre real “Iguana iguana”, Lenin le explicó que era lo mismo que llamarla “iguana verde”.

Cada especie que aparecía, Lenin la nombraba, describe su rol en el ecosistema.

Como era de esperar, no todo eran maravillas. Una mañana, Mateo encontró a Lenin sentado, con una cara muy triste. Un grupo de hombres había cortado un samán (*Samanea saman*), árbol grande que daba sombra a todo un claro y alimentaba con sus vainas dulces a aves y murciélagos. Lenin agarró un pedazo de la corteza y la miró, entonces se preguntó:

-¿Por qué sigo intentando? -dijo con la voz quebrada -Ellos destruyen en un día lo que tarda siglos en crecer-

Mateo no supo qué responder. Sintió la misma sombra que lo perseguía desde antes de conocer a Lenin, pero ahora entendía que no era solo suya: también habitaba en aquel hombre.

Fue en ese silencio cuando, desde lo alto, apareció un gavián dorsigris (*Pseudastur occidentalis*). Planeó sobre ellos antes de perderse en el horizonte. Lenin levantó la mirada.

-Él también está en peligro. Si lo perdemos, los ratones y serpientes se multiplicarán sin control. Cada ausencia genera un problema en el manglar. ¿Ves? Aquí todo está puesto de forma precisa. Nada sobra.-

Mateo empezaba a entender que el cansancio de Lenin no lo vencía: lo empujaba a seguir, porque sabía todo lo que se podía perder.

Las estaciones cambiaron. Mateo aprendió a escuchar el rugido del mono aullador manto negro (*Alouatta palliata*), un sonido grave que marcaba territorio y mantenía un orden natural en el bosque. Conoció al armadillo de nueve bandas (*Dasypus novemcinctus*), que removía la tierra buscando insectos y, sin querer, la aireaba para nuevas raíces. Vio al murciélago pescador (*Noctilio leporinus*) lanzarse sobre el agua, regulando poblaciones de peces.





Un día, Lenin le mostró al colibrí esmeralda occidental (*Chlorostilbon melanorhynchus*), pequeño y brillante, zumbando entre flores de pechiche (*Vitex gigantea*).

-Él poliniza flores que ningún insecto puede alcanzar. Sin él, muchas especies de árboles simplemente desaparecerían.

Mateo vio el pequeño animal y se sintió conmovido por cómo un ser tan diminuto sostenía tanto.

Una tarde, mientras descansaban junto a las raíces de un mangle negro (*Avicennia germinans*), Mateo se atrevió a preguntarle:

-Lenin... ¿por qué lo hace? ¿Por qué dedicar su vida a esto, si nadie se lo agradece?

El hombre guardó silencio largo rato. Sus manos, curtidas y temblorosas, acariciaron la cabeza de mateo.

-¿Por qué? yo también me he hecho esas preguntas- confesó -¿Por qué sigo? ¿Por qué me esfuerzo, si mi vida no es más fácil? ¿Por qué, mientras otros viven libres, yo me quedo aquí recogiendo basura y sembrando semillas? -

Alzó la mirada y volvió a mirar a Mateo.

-Debo confesarte, que cuando era joven, pensé en tener esa respuesta, pero, con el pasar los años, simplemente me di cuenta que no entendía nada. Aunque, gracias a ti, entendí la razón de mi esfuerzo.

Mateo lo miró con una expresión curiosa y le dijo -No pensé que yo podría tener ese efecto en usted, Lenin, y puede sonar grosero pero, no me ha respondido la pregunta, ¿Por qué hace todo esto, en vez de tener una vida más fácil? -

Lenin se empezó a reír -Tienes razón Mateo, perdón por no responderte de forma directa y siempre ser tan ambiguo en mis respuestas, ¿Por qué lo hago?-

-Porque es hermoso-





Las hojas que renacen del Samán

Autora: Daniela Natalia Franco Antepara

Edad: 16 Años

Cuenta el bosque que en el Samán (*Samanea saman*), habitaba bajo sus cálidas hojas, un guacamayo verde mayor (*Ara ambiguus*). Sus plumas resplandecían y llegaban a jugar con los colores de la selva: verdes, azules y rojos, que parecían fuego y hojas entrelazadas. Sin embargo, la fatalidad había llegado a su vida.

Desde que los humanos se llevaron a su esposa para un supuesto plan de conservación, su vida había perdido el sentido lentamente. Mientras otros guacamayos presumían de ser “únicos” y “especiales”, Ara se preguntaba cada día:

—¿Cuál es el verdadero sentido de ser especial?

Aparecía como bucle constantemente en su cabeza.

En el bosque era muy notorio su desgaste emocional, a simple vista se veía un ave esperando su llegada, aunque es lo que todos esperan, el esperaba eso con Lú, su esposa. Y poco a poco, otros animales, que compartían la misma herida, comenzaron a acercarse a él bajo la sombra del Samán.

Estaba un sapo bocón, un anfibio regordete de gran boca y mirada melancólica, que había perdido una parte de él, a su pareja cuando los humanos drenaron la charca donde vivían para sembrar pasto, aunque eran situaciones diferentes empatizaba con Ara.

También la Rana nodriza de Machalilla, pequeña, pero con una energía reconfortante, que vagaba sola desde que capturaron a sus hijas para una exhibición, la cual servía como muestras a los humanos, privándola de su libertad.

Se unió a ellos la Iguana rayada, curiosa, con una resistencia inigualable, a su vez maneja un orgullo inquebrantable, que había visto talar el Guayacán (*Tabebuia chrysantha*), donde encontraba su compañera.

Y completando el grupo, apareció el Carpintero guayaquileño, de pico fuerte y una personalidad muy extrovertida, que había perdido su hogar, el Ceibo, gracias al turismo. Ya no se sentía seguro al volver al mismo lugar, al estar rodeado de personas totalmente desconocidas, y adaptarse a otro tipo de vida de la noche a la mañana.

Juntos construyeron una amistad inesperada.

En el transcurso de la semana, bajo el Samán, los cinco amigos frustrados apenas cruzaban palabras. Se sentaban juntos, pero cada uno parecía estar atrapado en su propio mundo. Ara, por un lado, se quedaba inmóvil, mientras sus alas no encontraban el sentido de volar si Lú, no era parte de ello.

Al coincidir miradas de reojo, descubrieron que todos sentían lo mismo. Entonces comprendieron que compartir el dolor era como soplar aire fresco sobre una herida: no borraba la cicatriz, pero hacía que doliera un poco menos. Cuando inesperadamente el silencio acabó y la rana nodriza habló:

—Nosotros hemos perdido mucho... pero, ¿qué pasará también si nos perdemos a nosotros mismos y como consecuencia a nuestro hogar?





Las palabras influyeron, el silencio posterior fue largo. El sapo bocón infló su pecho y croó con fuerza:

—Si el bosque muere, ya no habrá dónde llorar ni dónde recordar. La iguana rayada, que demostraba libremente su orgullo inclinó la cabeza: —Y tampoco dónde volver a amar.

Fue entonces cuando Ara, retomó consciencia y alzó la voz:

—Quizá no podamos recuperar todo lo perdido... pero sí podemos cuidar lo que queda.

Esa frase fue fundamentada para que ellos cobrarán consciencia y, se llenarán de valor, para decidir entonces que podrían convertirse en los guardianes del bosque. Capaz no eran tan fuertes como los famosísimos jaguares peor aún veloces como los monos aulladores, pero lo que los diferenciaba del resto, era su determinación por proteger lo que aún vivía.

El plan entró en acción y cada uno aportaba con sus habilidades extraordinarias.

El sapo bocón, con su potente voz, se encargaría como alerta cuando veía humanos cerca.

La rana nodriza, estaría a cargo de explorar las zonas para encontrar posibilidades entradas ocultas.

La iguana rayada, vigilaba desde lo alto, atenta a movimientos sospechosos.

El carpintero guayaquileño, marcaba con su pico los árboles en peligro, dejando señales que solo los animales entendían.

Y Ara, era el mensajero. Volaba de un extremo al otro del bosque, avisando de cualquier anomalía a los demás con su canto.

Al principio, parecía un juego. Pero eran pilares fundamentales, cada uno se complementaba, aunque el propósito de los humanos no era lastimarlos, no querían que vuelva a suceder cosas similares, por ende, tenían que hacer algo al respecto, porque no se tardaron en volver actuar. ¿Quién apoyaría fines políticos o económicos, de forma egoísta, sin pensar en la importancia de la biodiversidad?

Ara, aunque seguía conmovido por Lú, empezó a sentir que tenía un nuevo rumbo el cual seguir.

Una tarde, mientras pasaba el atardecer, escucharon el sonido de pasos pesados y voces humanas. Eran cazadores que estaban en busca de nidos de guacamayos.

Ara no dudó. Se lanzó en un vuelo temerario para distraerlos, batiendo sus alas con un ruido ensordecedor. Los hombres, sorprendidos por la belleza de aquel guacamayo de colores ardientes, lo persiguieron. Ara se convirtió en señuelo, alejándolos del Samán y de los nidos de sus hermanos.

Pero la persecución terminó en tragedia. Una red invisible atrapó su ala derecha. Ara forcejeó, gritó, se revolvió. El carpintero acudió con su pico, la iguana mordió la cuerda, la rana y el sapo croaban desesperados. Finalmente lograron liberarlo, pero fue demasiado tarde... su ala estaba maltratada.

Ara nunca volvió a volar.

Fue muy impactante para el grupo. El guacamayo que antes surcaba el cielo ahora estaba condenado a mirar el mundo desde el suelo. Ara, sin embargo, guardaba la cabeza erguida.

—No me arrepiento, prefiero haber perdido un ala que haber perdido nuestro hogar- Exclamó





Pasó un prolongado tiempo. El Samán, se fue fortaleciendo, daba sombra a decenas de animales. Las semillas que el grupo había protegido crecían en brotes tiernos. La rana nodriza, después de tanto esperar, encontró una de sus hijas: había sido liberada por los humanos tras comprender que no sobreviviría en cautiverio. El sapo bocón halló un nuevo charco. La iguana rayada vio renacer pequeños guayacanes. El carpintero encontró un Ceibo joven donde tallar su nido.

Mientras llegó el amanecer, Ara divagaba en sus pensamientos, cuando inesperadamente bajo la brisa fresca, una silueta verde y azul descendió suavemente del cielo hacía él, Ara levantó la vista y su corazón casi se detuvo. Era Lú, por un momento pensó que estaba delirando. Se sorprendió al verla debido a que no venía herida ni enjaulada.

Los humanos la habían devuelto al bosque tras comprender que lejos de él, su canto moría. Cuando la vio, Ara quiso alzar el vuelo, pero su ala le recordó la verdad. Aun así, Lú descendió hasta él, acariciándolo con el roce de sus plumas.

Los amigos celebraron aquel regreso como propio, pues comprendieron que la esperanza llega incluso cuando se cree perdida.

Tiempo después, llegó un humano. No traía sierras ni redes, sino cuadernos y lápices. Había llegado hasta ahí para aprender sobre la importancia de cuidar especies endémicas de nuestro propio país, lo cual, para el humano era algo muy especial. Quería aprender cómo conservar lo que su abuelo le inculcó. A través de ello sentía la presencia de su abuelo, orgullo de la crianza de su nieto.

Mientras observaba el Samán cuidadosamente, evitando incomodidad de su fauna, se encontró con Ara, el guacamayo de un ala.

—Discúlpame—dijo—. Aunque no fue culpa de él, sintió cómo nuestros principios se perdían lentamente.

El humano quería aprender de Ara, se sentía orgulloso de su existencia, sintió que a través de su mirada, expresaba algo más allá de lo que podemos imaginar...

Aunque no sabía el motivo de la inmovilidad de su ala, recordó una vieja historia que su loco abuelo, algún día le contó. Curiosamente trataba sobre cómo un guacamayo protegió su ecosistema junto a compañeros de otras especies, por conservar lo que ellos llamaban “hogar”.

Ara comprendió, entonces, la respuesta a su eterna pregunta.

Ser especial sí tiene sentido. Capaz el no tener una respuesta, también era una respuesta.

El humano aprendió más de su ecosistema y fue expandiendo su voz con fines prósperos.

Ara por otro lado se aseguraba de comprobar de que todo sucediera beneficiosamente junto a su equipo de guardianes del bosque.

Pudo renacer su vida el guacamayo verde mayor con Lú, que como cosecha de su amor, tuvieron una hija.

El Samán se mantuvo de pie, como si el bosque entero quisiera grabar esa enseñanza en su memoria.





La niña que hablaba con los árboles

Autora: Valeria Valentina Bustamante Ross

Edad: 15 años

A Manuela le dicen “la niña que habla con los árboles” porque, desde que tiene memoria, escucha. No con los oídos, sino con el pecho, como si el viento le susurraba historias entre las hojas y ella fuera la única que no se tapa el corazón. Vive en el barrio de Tarqui, al pie del Cerro Blanco, donde el asfalto termina y empieza la tierra que recuerda. Su casa es de lámina, con un techo que gotea cuando llueve y una ventana que da al manglar. Desde allí, ve las raíces del mangle rojo hundirse en el agua como dedos que no sueltan el pasado.

Su papá dice que es imaginación, su profesora dice que debería enfocarse en las matemáticas; pero Manuela sabe que no es imaginación, es memoria. Porque el mangle rojo le habló el día que vio a un cangrejo rojo arrastrar una bolsa de plástico hacia el fango.

Le dijo -Estamos enterrando el futuro con lo que tiran- Y ella no lo olvidó.

Manuela no va al bosque como los otros niños; no para correr, ni para hacer ruido, ni para tirar piedras. Va a escuchar, y a cuidar. Conoce cada árbol por nombre; al guayacán amarillo lo llama Abuelo, porque es el más viejo del cerro. Floreció por primera vez cuando ella nació y, desde entonces, cada año, sus pétalos dorados caen como promesas. Al ceibo lo llama Madre, porque sus ramas altas abrazan a los pájaros, a las orquídeas, a los vientos que vienen del mar; y en su tronco talló una vez una frase que aprendió en la escuela: “El que cuida un árbol, cuida un mundo.”

Pero no fue en la escuela donde lo aprendió. Fue del papagayo de Guayaquil, que un día se posó en su ventana y repitió -Cuidar. Cuidar. Cuidar- como si fuera una plegaria.

Ella le dio un trozo de mango y él se fue, pero al día siguiente, volvió con otro, y luego llegaron más. Ahora, todos los días, una bandada de papagayos pasa por Tarqui, gritando -¡Cuidar! ¡Cuidar!- Como si de un grito de guerra se tratase. Manuela no sabe que ese grito ya ha llegado a otros barrios, que otros niños han empezado a mirar el cielo cuando lo escuchan, como si algo importante estuviera por pasar.

Hace dos semanas, el guayacán no floreció. Manuela lo notó al instante. Subió al cerro con su botella de agua y un cepillo suave que usa para limpiar las hojas del polvo. Lo encontró seco. Las ramas quebradizas. Una grieta en el tronco. Y en el suelo, huellas de botas. Y trozos de alambre. Y un cartel nuevo: “Área de desarrollo inmobiliario. Prohibido entrar.” No lloró. No gritó. Fue al manglar. Allí, entre las raíces del mangle rojo, encontró al cangrejo rojo, el mismo que arrastraba plástico. Ahora tenía una pata rota. Pero seguía moviéndose. Arrastrando una lata, centímetro a centímetro, hacia un hoyo. —¿Por qué lo haces? —le preguntó.

No esperaba respuesta. Pero el cangrejo se detuvo. Y, con la pinza, dibujó en el barro: “Porque si no lo hago yo, ¿quién lo hará?” Manuela entendió. No era un dibujo. Era un mensaje. Y no era para ella. Era para todos.

Esa noche no durmió. Escribió en su cuaderno de ciencias: “Hoy aprendí que no hay que esperar a que alguien grande haga algo. A veces, el que más pequeño es el que más fuerte suena.” A la mañana siguiente, no fue a la escuela. Fue al colegio. Con una mochila llena de fotos: el guayacán seco, el cartel del urbanizador, el cangrejo con la pata rota, el mangle rojo con raíces cubiertas de plástico. Habló frente a sus compañeros. Sin miedo. Sin voz alta. Pero con una claridad que no se olvida. —El bosque no es un lugar —dijo—. Es un hogar. Para el guayacán. Para el ceibo. Para el papagayo. Para el cangrejo. Para el mangle. Y para nosotros. Si lo destruimos, no





quedará nadie para escuchar. Y luego, mostró el dibujo del cangrejo: “Porque si no lo hago yo, ¿quién lo hará?” Silencio. Luego, aplausos. Luego, acción.

A la semana, el colegio organizó una jornada de limpieza. No fue noticia en la tele. No fue viral. Pero fue real. Cien niños bajaron al manglar. Con guantes, bolsas, palas. Sacaron toneladas de basura. Plantaron mangle jelí y mangle blanco en zonas degradadas. Y Manuela, con sus propias manos, regó al guayacán. Tres días después, brotó una flor. Pequeña. Dorada. Como un sol naciendo. No fue una flor cualquiera. Fue la primera después del silencio. La primera después del miedo. Y cuando Manuela la vio, no dijo nada. Solo sonrió. Porque sabía que el árbol le estaba respondiendo. Que no estaba solo. Que el cuidado había llegado a tiempo. Desde entonces, cada vez que alguien nuevo baja al manglar, Manuela les enseña a escuchar. Les muestra dónde vive el cangrejo rojo. Les señala el nido del papagayo en el ceibo. -Este no es un lugar abandonado. Es un lugar que espera- Y muchos, al principio, no entienden. Pero luego, cuando ven cómo el mangle rojo filtra el agua, cómo las raíces atrapan el barro, cómo los pájaros anidan en los árboles secos, empiezan a verlo. No como un terreno baldío. Como un hogar. Como un pulmón. Como un tesoro.

El papagayo de Guayaquil no es solo un ave. Es un símbolo. Una especie en peligro, que aún vuela sobre Guayaquil gracias a lugares como el Cerro Blanco. Manuela lo sabe. Por eso, cuando uno de sus compañeros quiso atrapar un pichón con una red, ella se interpuso. —No puedes— dijo—. Él no es tuyo. Pertenece al viento. El niño se burló. —¿Y qué va a hacer? ¿Denunciarme?— Manuela no respondió, solo silbó; un sonido corto, agudo, que aprendió escuchando al papagayo. Y en segundos, una bandada descendió sobre los árboles.

Decenas de alas, gritos, colores. El niño soltó la red y huyó. Desde entonces, nadie ha vuelto a intentarlo. Los papagayos, como si supieran, pasan cada mañana sobre el colegio. No solo gritan “¡Cuidar!”. Ahora, cuando Manuela está en el patio, se posan cerca. Como si la saludaran. Como si dijeran: “Estamos contigo.” Ella no lo cuenta a todos. Pero a su mejor amiga le confesó:

-Creo que ellos también me escuchan a mí-

El cangrejo rojo no es un animal espectacular. No vuela. No canta. No es grande. Pero es resistente. Vive en el fango, en el barro, entre las raíces, donde otros no aguantarían. Y sigue. A pesar del plástico. A pesar del calor. A pesar de los que lo ven como una molestia. Manuela lo admira. Por eso, cuando lo vio con la pata rota, no lo tocó. Solo le dejó una hoja fresca de mangle y agua limpia en una lata vacía. Al día siguiente, el cangrejo estaba allí. Moviendo la pinza sana. Y luego, lentamente, empezó a arrastrar la lata vacía hacia el hoyo. Como si dijera: “No necesito ayuda. Solo necesito que no me detengan.” Manuela entendió que no todos los héroes piden rescate. Algunos solo piden espacio para seguir.

Desde entonces, cuando limpian el manglar, ella se asegura de dejar zonas intactas.

-Aquí viven los que no hablan; pero que más necesitan que escuchan-

El ceibo es el rey del bosque seco. Alto, poderoso, con una copa que toca el cielo. En época de flores, sus pétalos rosados caen como lluvia. Los ancianos del barrio dicen que, cuando el ceibo florece, es señal de buena cosecha. Manuela no cree en señales. Pero sí cree en ciclos. Y sabe que el ceibo no florecerá si el suelo está envenenado, si el agua desaparece, si los niños dejan de venir. Por eso, bajo su sombra, organizó una biblioteca al aire libre. Con libros donados, bancas de madera reciclada y una regadera para las plantas. Ahora, cada tarde, hay niños leyendo bajo el ceibo. Algunos sobre animales. Otros sobre el planeta. Otros, simplemente, sobre cómo ser mejor.

Un profesor que pasaba por allí dijo: -Nunca vi una escuela así-





Manuela sonrió y respondió -Esta sí lo es- Porque para ella, educar no es solo aprender de libros. Es aprender del viento, del barro, del canto del papagayo, del paso del cangrejo. Es entender que todo está conectado.

Hace un mes, el urbanizador volvió. Con un camión. Con herramientas. Con hombres de casco. Pero cuando llegaron al cerro, no encontraron un lugar vacío. Encontraron a cien personas: niños, padres, maestros, guardabosques. Formando un círculo alrededor del guayacán. Manuela estaba en el centro. Con una pancarta hecha a mano: “Este árbol tiene nombre. Se llama Abuelo.”

Nadie gritó. Nadie empujó. Solo se quedaron allí. En silencio. Mirando. El jefe del equipo dio la orden de retirarse.

-No hay caso —dijo—Aquí ya no se puede-

Y se fueron. No por miedo. Por respeto. Porque entendieron que no se puede destruir algo que ya no pertenece a uno solo. Pertenece a todos. A la ciudad. A la tierra. Al futuro.

Hoy, el papagayo de Guayaquil vuelve cada mañana. No solo uno. Una bandada. Y cuando pasa sobre Tarqui, no grita “¡Cuidar!”. Dice: “Gracias.” El cangrejo rojo sanó. Sigue arrastrando basura. Pero ahora, otros lo ayudan: niños, vecinos, guardabosques. Y el guayacán florece cada año. Más fuerte. Más alto. Como si supiera que ya no está solo. Manuela ya no escucha solo con el pecho. Ahora, el bosque le responde. El viento en las hojas del ceibo es una canción. Las raíces del mangle rojo laten como venas. Y el papagayo, cuando pasa, no solo grita. Canta. Y ella sabe que no es magia. Es respeto. Es memoria. Es amor. Porque el bosque no pide mucho. Solo que alguien lo escuche. Que alguien lo defienda. Que alguien diga: “Aquí estoy. Y no me iré.” Y así, una niña, un árbol, un pájaro, un cangrejo y un manglar cambiaron el mundo. No con ruido. No con furia. Con un solo acto: cuidar. Porque el futuro no se construye con cemento. Se construye con raíces. Y con nombres que no se olvidan. Y si algún día te paseas por el Cerro Blanco y escuchas un susurro entre las hojas, no te asustes. Es solo el bosque diciéndote: “Gracias por recordarme.” Y, si miras bien, tal vez veas a una niña, de espaldas, regando un guayacán. Y, si te acercas, quizás te diga: “Él tiene nombre. Se llama Abuelo.” Y si sonríes, quizás ella te regale una semilla. Y quizás, sin darte cuenta, empieces a escuchar. Como ella. Con el pecho.





El manglar: aventura al rescate

Autora: Sara Monserrath Moya Avilés

Edad: 14 años

Un día hermoso, la zarigüeya de cuatro ojos se encontraba jugando con su mamá, corriendo entre raíces de los más hermosos manglares rojos, la pequeña zarigüeya llamada Tommy disfrutaba jugar a las escondidas, mientras sentía que su corazón estaba tan lleno de alegría, que era imposible imaginar más felicidad, mientras los dos jugaban la mamá empezaba a contar dándole tiempo a Tommy de esconderse -uno, dos...- contaba la mamá en un tono dulce y amable.

Tommy emocionado, corre a esconderse entre las raíces de los grandes manglares, después de unos segundos la mamá se encamina a buscar a su hijo.

-Listos o no, aquí voy- dijo la mamá buscando por todas partes, Tommy con el corazón acelerado de la emoción, estaba tan metido en su escondite que no logró darse cuenta de que en un segundo una especie de monstruos gigantes empezaban a derrumbar árboles y romper raíces con su grandes botas amarillas para lluvia en busca de algo.

Sin darle tiempo a pensar Tommy ya estaba en las manos de aquellas criaturas viles y crueles, la mamá de Tommy al darse cuenta corre hacia ese monstruo, dándose cuenta de que se trataba de humanos. Aquellos que siempre venían a secuestrar especies, sin embargo, ella no contaba que este día les tocaría a ellos.

Tommy grita desesperadamente -¡mamá! ¡Mamá! ¡¿A dónde me llevan?!- dice mientras lucha contra los dedos fuertes de aquel humano, la mamá totalmente en shock empieza a atacar a aquel humano mordiendo su pantalón, sin embargo, al notar este comportamiento sacude su pierna, lanzando así a su madre unos metros lejos de ellos y haciendo que se estampara contra un árbol.

Tommy muy asustado recuerda que su mamá le había enseñado que si se encontraba en peligro se defendiera haciéndose el muerto mientras emite un olor desagradable para espantar a sus depredadores. Él aplica eso, sin embargo aquel humano lo vio moverse con frenesí hace unos segundos, así que sin creerle a aquella zarigüeya de cuatro ojos, sigue caminando por el manglar rompiendo raíces mientras se lo lleva. Por otra parte, se encontraba entre los altos ceibos un pequeño mono aullador de manto negro, llamado Cheeta, junto a su papá observa aquella situación, lograron escuchar al humano decir algo sobre que volverían pronto para ver a más especies pequeñas para venderlas, en un tono malicioso y nada gentil. El pequeño Cheeta muy preocupado al ver a la mamá de la zarigüeya lastimada en un árbol, decide asomarse un poco y bajar para preguntar. el papá preocupado de que su hijo vaya sin pensar en los peligros le dice

-¡hijo! ¡Espera!- (en un tono bastante preocupado) sin saber si los humanos podrían volver, pero sin darse cuenta su hijo ya se encontraba cerca de aquella mamá y le pregunta

-señora, ¿se encuentra usted bien?- (con un tono curioso e inocente)

Aunque sus especies casi nunca tengan contacto esta vez el pequeño Cheeta había roto toda barrera, la mamá sorprendida responde

-sí, estoy bien, pero se llevaron a mi hijo!- (dice alarmada). Levantándose rápidamente, el papá de Cheeta baja rápidamente por si tenía que protegerlo.

La mamá del pobre Tommy ve al Mono aullador de manto negro adulto y pregunta

-¿ustedes vieron eso?! ¡Tienen que ayudarme!-





Ellos dos asintieron mientras el papá de Cheeta toma la palabra

-¡hemos visto lo que ese monstruo enorme ha hecho con su hijo, debemos ir y avisar a todos, que ellos se acercan y vienen por más!-

La mamá de Tommy se levanta y camina por las raíces con agilidad mientras buscan a las demás especies de su hábitat, mientras que los monos aulladores iban desplazándose sobre ramas fuertes y usando la cola para estabilizarse, mientras los tres iban caminando se encontraron con una iguana rayada junto a una boa esmeralda padres muy preocupados, ya que hace unos minutos aquellas especies crueles llamados humanos habían secuestrado a sus hijos sin piedad alguna, destruyendo todos los manglares y raíces a su paso, arruinando así también su bella flora donde cada familia de sus especies habían creado lindos y maravillosos momentos, todo eso se esfumó, los humanos les habían quitado todo.

El papá de cheeta el mono, muy preocupado, sin saber que lo peor ya les había ocurrido a la iguana rayada y a la boa esmeralda, desconcertado al ver la cara de aquellos dos reptiles les pregunta

-¿Qué ocurrió aquí?- (dice con curiosidad) sospechando lo que ya pudo haber pasado, la boa esmeralda dice -¡acaban de robarme mi bebé! Y al de ella- dice señalando a la iguana rayada, que consternada asiente con su cabeza.

-Esto está llegando demasiado lejos- dice la zarigüeya madre preocupada aún por su hijo Tommy que fue secuestrado mucho antes que al resto. De repente la iguana rayada alza su voz y dice -¡debemos hacer algo! Se están llevando a nuestros hijos sin piedad alguna, tenemos que recuperarlos-

Dando así una idea al papá de cheeta que estaba junto a su hijo agarrándole la mano -debemos armar un grupo, unirnos y utilizar nuestras habilidades para llegar a la raíz de este asunto-, los padres preocupados deciden armar un plan, para rescatar a sus hijos.

Después de unas horas deciden un plan,

-okey, el plan será: primero la zarigüeya se adelanta de noche para espiar a los humanos y descubrir dónde están los niños, puede lanzar objetos para distraer a los traficantes, mientras que desde lo alto, el mono aullador con su hijo podrían vigilar la zona y lo que hagan los humanos, con su fuerte aullido, puede dar la señal de alarma para dar paso a la boa esmeralda gracias a su habilidad para deslizarse en silencio y camuflarse, la boa se infiltra cerca de las jaulas o redes y con su fuerza romper los candados, sogas o cajas y por último la iguana guía a los niños en la huida por raíces y ramas bajas hasta llegar a un lugar seguro-

Mientras las especies organizaban el plan empezó a oscurecer, y un Murciélago pescador que estaba de paso, escucho todo, conmovido por la historia y pensando en su esposa embarazada, decide unirse, para proteger a su hábitat y a su esposa, él se acerca y dice con picardía -hola chicos, he escuchado un poco de su plan y quiero ofrecerles mi ayuda-.

Las demás especies lo escuchan, y se ven entre sí, la mamá de Tommy la Zarigüeya decide tomar una decisión después de unos segundos de silencio

-claro que puedes, ayudarías mucho vigilando en las zonas donde no haya árboles y los monos aulladores no puedan entrar- Lo dice con una sonrisa en su rostro.

Luego interrumpe el papá de Cheeta, el mono:

-“¿Por qué motivo quiere usted entrar en el plan?” (pregunta con sospecha e intrigado) “pues mire, yo tengo una esposa la cual se encuentra embarazada, escuche un poco de lo que hablaban





y pensé en que tengo que ayudar si quiero que nuestra habidad sea segura para mi hijo- (dice en un tono decidido y valiente)

El resto de especies escuchan y comprenden la situación después de coordinar todo el plan, lo llevarían a cabo esta misma noche.

La zarigüeya madre se alista para salir primero, al igual que el murciélago pescador, el murciélago empieza a volar la zona y observar a varios humanos en una camioneta donde tenían sospechosas jaulas dentro del auto cubiertas por sábanas oscuras, después de eso la zarigüeya de cuatro ojos se dirige hacia donde se encuentra esa sospechosa camioneta blanca, ágilmente se sube por la parte de atrás y observa a los humanos mientras busca la manera de entrar en el auto, por otro lado el mono aullador se encontraba en la cima de los manglares rojos más altos observando la situación.

La zarigüeya sin encontrar opción para entrar dentro del carro decide hacer un cambio de planes repentino observando que los humanos se irían en unos pocos minutos llevándose así a todos sus hijos, la zarigüeya corre rápidamente hacia todos y los reúne

-¡debemos todos subir al carro!- dice exaltada -los humanos se irán pronto, tenemos que seguirlos- la iguana rayada interrumpe y dice -¡es muy peligroso! ¿luego como volveremos?-

Luego la boa esmeralda interrumpe también -¡no podemos quedarnos aquí sin hacer nada, sabiendo que tienen a nuestros hijos allá!-

Todos se quedaron pensando, cuando de repente el papá de Cheeta ,el mono aullador indicó:

-se me ocurrió un plan- dice con energía -puede que sea arriesgado, pero es mejor a no hacer nada-.

Todos lo ven con cara intrigada

-Tenemos que subírnos al carro todos y ver hacia donde van, el murciélago pescador podrá ir afuera volando mientras ve todo el camino y lo memoriza para poder así volver aquí, una vez rescatemos a todos nuestros bebés-

La iguana rayada escucha con atención pero algo le confunde

-¿cómo entraremos al carro si están encerrados ahí los humanos?-

El mono aullador responde: -fácil, yo y mi hijo subiremos a los manglares cerca de donde está el carro estacionado, agarramos piedras medianas y las lanzaremos hacia el auto, un humano debería bajarse a ver qué está pasando fuera y esa será su oportunidad de subir al carro, mi hijo y yo iremos corriendo cuando el humano se baje y entramos antes de que el humano entre-

Todo se quedaron impactados y asustados, aun así harían cualquier cosa por sus hijos, empiezan a poner manos a la obra y empezar todo; los monos aulladores de manto negro treparon hasta la punta más alta de los manglares rojos junto con rocas en pequeño bolso hecho de hojas y empezaron a lanzar piedras pequeñas al carro, llamando así la atención de los traficantes que se encontraban dentro. Uno de ellos sale a ver, dejando así la puerta abierta del carro mientras que el resto de especies se dirigen rápidamente hacia la puerta del carro de manera sigilosa. La boa esmeraldas arrastrándose delicadamente guiando al equipo, la madre zarigüeya de cuatro ojos es escurridiza y evita obstáculos subiéndose así al carro; la iguana rayada tiene un poco de problemas para hacer silencio, sin embargo el conductor se encontraba escuchando música sin darse cuenta de nada; el murciélago se encuentra viendo todo desde arriba mientras vuela.





Cheeta y su papá mono aullador de lomo negro, lanzan una piedra más grande lejos de ellos para desorientar al traficante que se encontraba inspeccionando el lugar, bajan rápidamente del manglar y entran al carro. Todos se encontraban felices que consiguieron el primer paso, haciendo silencio empiezan a escuchar que el traficante que se bajó estaba volviendo, una vez el humano se sube, el carro empieza a arrancar. Todos estaban muy nerviosos sin embargo todos permanecieron en silencio, sus hijos se encontraban en la cajuela así que aún no podrían hacer nada hasta que los humanos saquen las jaulas de ahí.

Pasaron los minutos, haciéndose eternos; por fin el carro paró y la zarigüeya escurridiza se asoma a la ventana para ver donde se encontraban. Dándose cuenta que al parecer estaban en un lugar alejado del resto de sociedad, había carros lujosos y personas vestidas de la más fina seda. Había varias jaulas que al parecer tenían más tipos de especies de otros ecosistemas. El copiloto y conductor se bajan, se van a la parte trasera del auto y abren la cajuela, el equipo de padres se ponen alerta y se escabullen debajo de los carros para no ser vistos, gracias a que era de noche la gente no los detectó fácilmente.

Al entrar al lugar se quedaron horrorizados, estaba lleno de especies endémicas capturadas, sufriendo mientras gritaban por ayuda, encerradas en jaulas de exhibición; las luces eran tan fuertes que sus ojos ardían. La gente veía a aquellos pequeños animales como objetos que solo valen una cantidad de dinero, sin pensar en sus vidas, asumiendo que pueden solo arrebatarlas de su hábitat y quitarles su vida, su familia. Los padres salieron del estado de shock al ver que se llevaban las jaulas donde estaban sus hijos. Se dirigieron hacia una puerta misteriosa, van por las sombras cuidando que nadie los vea.

La iguana rayada se quedó afuera esperando la señal y salir guiando a los niños, gracias a que su naturaleza no era tan sigilosa su parte del plan sería quedarse afuera mientras espera, la zarigüeya de cuatro ojos, el Mono aullador y la boa se encaminaron dentro de los brillantes pasillos y cuartos del que parecía ser como el infierno para aquellas especies, observan que los hombres llegan a una habitación más privada y dejan las jaulas donde estaban sus hijos en una mesa, sus hijos gritaban por ayuda sin embargo aún no podían hacer nada mientras esos traficantes se encuentren ahí.

Los traficantes sacan la manta oscura que tapaba las jaulas y ven a los pequeños animales, se ríen descaradamente y empiezan a hablar entre sí -mira que ridículos se ven- dice uno de ellos, cosa que hace que se le caliente a sangre a la zarigüeya de cuatro ojos del coraje de ver que se burlan de su pequeño hijo asustado que lloraba, los dos traficantes se van del lugar yendo a buscar jaulas presentables y adornadas para buscar vender a esas pequeñas criaturas.

En ese momento los tres padres empiezan la acción, la madre zarigüeya le grita a su hijo -Tommy!- cosa que desconcierta mucho al pequeño y voltea hacia donde escucha la voz de su madre, él al verla no tenía palabras para expresar el alivio que sentía, al igual pasó con los hijos de la boa esmeraldas y la iguana rayada, mientras tanto Cheeta, hijo del mono aullador se quedó cerca de la zona con la iguana rayada ya que era muy peligroso entrar, la boa se dirige rápidamente hacia las jaulas y con su gran fuerza en su cola rompe los candados, los niños emocionados salen corriendo muy felices.

La zarigüeya de cuatro ojos abrazó a su hijo Tommy, el hijo de la boa esmeraldas abrazo a su mamá y el hijo de la iguana rayada preguntó

-¿Dónde está mi mamá?- dice muy asustado, y el mono aullador dice

-se encuentra afuera esperando debemos irnos ya- (dice con autoridad, no quería que pase nada malo) todo se empiezan a bajar de la mesa cuando de repente sin que todos se dieran cuenta los





dos humanos volvieron con las jaulas adornada, se dieron cuenta de todo lo que estaba pasando y dejaron caer todas las jaulas, salieron corriendo atrás de aquellas especies.

Todos se apresuraron a irse rápidamente, salieron de la habitación creando un escándalo entre todos aquellos invitados millonarios, la zarigüeya de cuatro ojos gritó

-¡corran! –

La iguana rayada, Cheeta y el murciélago pescador los están esperando afuera para guiarlos” (gritó con todas sus fuerzas y para distraer a los que los perseguían se detuvo y se lanzó contra ellos, su hijo Tommy gritó con desesperación -¡mamá, no!- quiso detenerse para ir donde su madre pero el mono aullador no lo dejó, sabía que la madre zarigüeya quería que él proteja a su hijo más que a nada.

La madre zarigüeya empezó a atacar y lanzar pequeños objetos hacia los pies de aquellos dos hombres que los perseguían haciéndolos así caer, una vez los ve tirados en el suelo y que sus amigos habían escapado junto a su hijo, llora de felicidad, enseguida corre hacia las demás especies y empieza a liberarlos de su jaula, ella sabía lo que sentía y no quería que otros animales pasaran por el mismo sufrimiento, después de que todos sus escaparan ve a lo lejos al mono aullador de manto negro, había vuelto el a ayudar, el grita -¡volv! corriendo y saltando ágilmente para esquivar a las personas, la ayuda a la madre zarigüeya a liberar especies.

Cuando terminan de liberar a todas las especies que estaban ahí corren hacia la salida, todas las personas corrían de un lado a otro alarmadas al ver todo el caos que empezaban a causar todas estas especies asustadas y enojadas, mientras el mono aullador de manto negro y la zarigüeya corrían hacia la salida sin darse cuenta en el camino había una trampa para ratas, la madre zarigüeya cae en aquella trampa rompiendo así una de sus patitas, ella grita de dolor y el mono aullador voltea rápidamente al escuchar el grito, la ve aterrorizado, la madre zarigüeya sollozaba del dolor de inmediato el mono aullador ayuda -¡aguarda!- (dice con un tono muy preocupado) la empieza a ayudar a abrir aquella trampa y sacarla de ahí, de inmediato la carga y sale corriendo, llevándola en sus brazos.

Al salir el resto de sus amigos los estaban esperando, al ver el estado de la madre zarigüeya se asustan y su pequeño Tommy fue directo hacia ella a abrazarla

-¿mami, que te paso?- dice mientras lloraba de la preocupación de ver a su mamá así, su mamá se traga su nudo en la garganta

-tranquilo hijito, todo estará bien- dice mientras se aguanta su dolor inmenso, de repente el murciélago pescador habla “debemos apresurarnos a correr, yo los guiare” todos asientes y empiezan a correr mientras el mono aullador de manto negro corre con la madre zarigüeya en sus brazos.

Después de varios minutos de correr mientras el murciélago pescador los guiaba por las sobras de las calles llegaron a su hábitat, todos corren hacia los manglares a un lugar seguro por si los humanos volvían ponen a la madre zarigüeya en una raíz y empiezan a revisar su patita quebrada, su pequeño Tommy empezaba a llorar y los niños a horrorizarse así que la iguana rayada y la boa esmeraldas deciden llevarse a las pequeñas criaturas menores a descansar, el mono aullador y el murciélago envolvían la pata de la madre mientras la inmovilizaban.

Después de unos minutos la madre Zarigüeya se encontraba descansando del dolor y el día tan pesado que tuvieron, todos duermen en un lugar cansados de todo lo que había pasado cuidándose la espalda de cada uno, al siguiente día, todos van a ver cómo se encuentra la madre zarigüeya, por su suerte se encontraba bien sin embargo había una posibilidad de que pierda su pequeña patita, todos empezaron a intentar animar a la madre mientras su hijo la abrazaba triste.





Después de todo están todos reunidos la madre zarigüeya empieza a hablar

en serio muchas gracias a todos, porque sé que si no hubiera sido con la ayuda de ustedes, no hubiera podido lograr todo esto-

Todos felices se abrazan y demuestran que la verdadera familia no son las mismas especies que comparten tus genes, sino aquellos que te apoyan y te hacen sentir seguro. El manglar no necesita héroes animales, necesita que lo respetemos. Fin.





La sombra del mangle negro

Autora: Amy Juliette Galarra Mite

Edad: 14 años

Una vez en un pueblo pequeño costero del suroeste del Ecuador, donde los manglares se enredaban como brazos antiguos y las raíces del mangle negro se hundían en la tierra como si buscaran secretos, había una zona que los pescadores evitaban al caer la noche. Le decían La Boca del Barbasco. Y no era por el río, ni por las plantas que allí crecían, si no por lo que decían que habitaba debajo del agua, entre las sombras de los árboles torcidos.

Solo una vez al año, en luna nueva, la selva cambiaba de voz. Los aullidos del mono manto negro eran más graves, casi humanos. Los gritos de la guacharaca colombiana dejaban de sonar como risas lejanas, y más como advertencias. Los pericos cachetigris, normalmente bulliciosos, se escondían. Y si un gavián dorsigrís sobrevolaba la zona, no era una buena señal.

A nadie le gustaba hablar ni comentar de lo que había pasado años atrás: un grupo de pescadores que desapareció sin dejar rastro, dejando solo redes rotas, huellas confusas y marcas en los troncos, como si algo muy grande y fuerte se hubiera arrastrado por allí.

Nadie, excepto Verónica, una joven de 17 años, estudiaba Biología en la universidad y había regresado a casa para las vacaciones. Le gustaba observar aves, dibujar serpientes en su cuaderno y grabar sonidos de la selva. Su abuela vivía en ese mismo pueblo, al borde del manglar. Le preparaba guatita y le contaba cuentos mientras editaba sus grabaciones. Estaba obsesionada con encontrar una boa esmeralda gigante que, según los mitos, vivía en esa zona, bajo el manglar, y que solo salía cuando el barbasco brotaba en el agua como espuma blanca. Para ella, los cuentos eran solo eso: cuentos.

Una tarde calurosa, mientras se encontraba limpiando un estante, Verónica encontró una caja vieja de madera llena de casetes. Uno de ellos tenía escrito: "Manglar. 1997. Noche"

Era de su abuelo fallecido años atrás. Vero, curiosa, puso el casete en un viejo reproductor de su abuela. Al principio solo se oían grillos... luego, algo más. Un chillido. Largo y grave. No como el de un animal era más como un lamento...

Entonces escuchó una voz susurrando:

-No son nuestros. No son tuyos. El manglar los cambio - Su piel se puso de gallina y decidió investigar

Cuando le contó a su abuela que quería ir a grabar sonidos al mangle, ella la miró como si acabara de decir que pensaba ir a escalar el Tungurahua en chancletas.

-Ese lugar no es para nosotros, Verónica-le dijo-. Allí no manda dios. Allí manda el hambre -

Pero Verónica no creía en los cuentos.

Esa noche la luna no salió.

Y el Barbasco volvía al agua.

Con su linterna, su grabadora de sonidos, una mochila, algunos frutos secos y repelente, Verónica entró sola a La Boca del Barbasco. El aire era pesado, el suelo de lobo. Todo olía a sal, hojas vivas que podían hacer un sonido fuerte, esas tenían una boca pequeña del tamaño de una hormiga.





Escucho un aullido. Luego otro. Pero no eran normales. Eran como voces distorsionadas, cargadas de eco, como si alguien gritara dentro de un túnel de carne.

Un mono aullador manto negro-susurro mientras grababa. -Pero... ¿por qué suena como...?-

De repente, las guacharacas chillaron con furia y un murciélago pescador pasó rozándole la cabeza, lanzando un chillido agudo. Verónica cayó al lodo, justo frente a un mangle negro. En su base, una grieta húmeda se abría, respirando como un pecho.

Entonces la vio.

La Boa.

Pero era como la de los libros que ella solía leer. Su cuerpo era grueso como un tronco, y no tenía ojos, Tenía agujeros que respiraban, y escamas verdes brillantes que parecían absorber la luz. En su cuerpo, colgaban cosas... huesos, garras, y plumas

La criatura no se movía como una serpiente, sino como algo que no debería de existir.

Verónica quiso correr, pero el barro la atrapó. Sintió como algo debajo del agua, algo tibio y resbaloso. Lo siguiente fue un zumbido agudo en sus oídos como si alguien hablara, la envolvió por completo.

La encontraron al amanecer. Solo su mochila, con la grabadora de sonidos encendida. En ella se escuchaba:

-Ya no son animales... No están solos... el mangle los alimenta... y los cambia...-

Desde entonces, algunos pescadores aseguran ver figuras humanas entre los manglares en noches sin luna. Figuras que caminan raro, como enroscadas. Con ojos que no parpadean.

Y cada año, cuando el barbasco vuelve a brotar en el río...

El mangle respira más fuerte.

Fin.





Alcanzamos el Cielo

Autora: Ana Sofía Colmenares Colmenarez

Edad: 16 años

En un gran bosque del Guayas, se escondían grandes historias; Coli, el Colibrí Esmeralda, no paraba de imaginar.

Coli, vivía su vida en las flores y los cielos, para ella, no había día en el que no pudiera dejar de polinizar cada flor que se encontraba, pues ella creía que sin su trabajo, el bosque quedaría devastado sin una flor para regalar, pero había un árbol al que Coli visitaba cada tarde, era un gran árbol el de Guayacán, o como ella solía llamarla, el árbol de los sueños.

Apenas salía el sol, Coli, empezaba a soñar y no necesitaba cerrar sus ojos, pues amaba visualizarse como una de sus mayores inspiraciones, el Gavilán Dorisgris la más preciosa de la selva, Doris, un gavilán hembra repleta de alegría, la cual ya había volado por más de una región, colmada de belleza y tranquilidad, envuelta entre sus propios sueños y llena de vida. Para Coli, no había ser más admirable que Doris, pero ella sabía que, a diferencia de Doris, ella apenas podía sobrevivir de los depredadores de su zona, y, por más de que volara sigilosamente, no tendría tanta suerte.

Por esta razón, Coli imaginaba que cada rincón de su bosque, eran nuevos lugares a los que viajaba.

En el otro rincón de aquel vasto lugar, la historia se estaba repitiendo, se trataba de la Boa Esmeralda, temida en el bosque; sin embargo, no sé alimentaba más que de mariposas y lagartijas, pues para ella, no había mejor sensación que la de quitarle la vida a un ser para alimentar su hambre. Había días llenos de hambre, pero no había manera en la que la Boa pensara por un momento en cazar al Falso Camaleón, llamado Leo, que todos los días se sentaba al frente de ella a llorar.

La Boa estaba celosa de su gran poder, pues cada que se sentía mal, su piel se tornaba un tono más oscuro, y cuando eso pasaba, los bichos no dudaban ni un minuto en acercarse, dispuestos a escucharlo y darle consuelo. Muchas veces, la Boa se sintió tan sola e incomprendida, pues no tenía ni el consuelo de una pequeña larva para hacerla sentir bien, no comprendía porque, si nunca había hecho nada malo, todos en la jungla preferían ignorar y temerle.

Un día, aparentemente usual, Coli, el Colibrí, se despertó y salió de su casa, fue a polinizar sus flores, volando hacia el árbol de los sueños, se topó con Doris, y Coli nerviosa decidió hacer algo que nunca antes haría; le sonrió levemente a Doris y nunca se imaginó que le respondería:

- Buen día Colibrí, ¿qué tal tu mañana? – dijo Doris

Coli respondió sin más:

-¡Buen día Doris! Me va muy bien, ¿hacia dónde te diriges hoy?-

Doris se sorprendió al escuchar que Coli sabía su nombre, dijo:

- El día de hoy, me dirijo hacia un lugar precioso cerca de este bosque, ¿quieres venir conmigo, Coli? -





- Estaría encantado de ir contigo, pero no... no puedo, soy una presa fácil, siempre he soñado con salir de aquí, pero adoro tanto el árbol de los sueños que no podría aburrirme de estar en este lugar- Indicó Coli

Doris, conmovida por lo que expresó Coli, respondió:

- Coli, ven conmigo, prometo que nada malo te ocurrirá, yo te cuidaré-

Coli no esperaba este trato de parte de Doris, pero decidió confiar en su palabra y dijo:

-En realidad, siempre te admiré Doris, porque podías explorar el mundo sin rumbo y sin temor, y el hecho de que ahora me invites a ir contigo, sin duda, suena emocionante, aceptó ir, pero solo con la condición de que volvámos-

Doris le respondió -Sí, suelo verte todos los días rodeando cada esquina de esta hasta arboleda, solía estar celosa de la manera en la que disfrutabas tanto vivir aquí y que hayas sido tú la que con esfuerzo, cada día, se dedicó a hacer crecer cada flor de esta floresta-

- No pensé que alguna vez se dieran cuenta de mí existencia, mucho menos tú, aprecio eso Doris.

-¡Ahora, vamos! Tengo que llevarte a un lugar que te encantará tanto que desearás nunca regresar- finalizó Coli

Así fue como Doris y Coli empezaron su viaje y volaron hacia el otro extremo del gran soto. Al llegar, el colibrí vio que se trataba de una arboleda repleta de Guayacanes, aquellos árboles que él amaba.

-¡Esto es maravilloso Doris!- Coli exclamó emocionada

Al bajar, se encontraron con el Falso Camaleón y esto aconteció:

-Doris, mira, es un Falso Camaleón, qué te parece si le preguntamos la historia de esta arboleda.

-Saludos Camaleón, que gusto verlo- y preguntó - ¿cómo te llamas?-

Falso Camaleón dijo -Cómo están chicas, el placer es mío, mi nombre es Leo, díganme, ¿en qué las puedo ayudar hoy?-

-Hola Leo, nos gustaría que nos contará la historia de este asombroso lugar- indicó coli

- Verán, hace unos años atrás, un Colibrí se dedicaba cada día a polinizar este bosque, haciéndolo crecer cada vez más, era humilde, con casi nada, pero él tenía un sueño, era poder crear una familia y criar a sus pequeños con amor junto con su pareja...Lamentablemente, la vida se le pasó por alto, pues usó tanto de su tiempo haciendo crecer toda esta selva, que se olvidó de perseguir aquel anhelo el cuál su corazón añoraba. Después de que dejó este mundo, todos en este lugar, nos esforzamos en trabajar por nuestras ilusiones, ayudándonos los unos a los otros- Dijo Leo

Coli pudo verse reflejada en la historia y sin más, no pudo retener sus lágrimas que caían como lluvia.

- Coli, ¿por qué lloras? Aún tienes mucho qué vivir, no te angusties- dijo Doris

- No lo saben, pero, hace poco me lastimé gravemente mi ala, fui al doctor, donde el Señor Rana y me dijo que en menos de lo que parece, no podría seguir volando- replicó Coli

Eso es sin duda muy triste, pero Coli, no te desanimes, todavía puedes volar un poco más, debes disfrutar estos últimos instantes, no te afanes por el día de mañana, porque el día de mañana tendrá su propio afán, basta que cada día sea un día para brillar- añadió Leo





De pronto como se dieron cuenta que la boa estaba escuchando todo y con mucho miedo, exclamaron:

-¡Por favor no nos hagas daño!-

La boa no pudo soportarlo más, y sus ojos empezaron a llorar desesperadamente. confundidos, se acercaron a la boa:

- ¿Qué sucede? ¿por qué sollozas?- Preguntó coli

Entre lágrimas Boa indicó -no puedo seguir soportando el peso de que nadie se acerque a mí, y todos me temen, pues en mi vida he hecho daño a nadie y siempre debo ver como todos tienen un consuelo, en cambio yo, yo no tengo a nadie, toda mi vida he estado tan sola que tengo temor en morir sin saber cómo se siente tener una compañía-

*Todos los animales se conmovieron al escuchar a la temida boa Esmeralda y la consolaron:

-No es tu culpa el no haber podido recibir cariño, pues son los prejuicios de nosotros los que no nos permiten conocer a los demás, nada mal has hecho para merecer lo que estás pasando, ahora nosotros seremos parte de ti y tú parte de nosotros, más nunca derramarás una lágrima y juntos, seremos una vez en la vida-

Y es así como el colibrí soñador voló 10 veces más a lugares asombrosos, el gavián aprendió a cómo ver más allá de lo visible, el Camaleón consiguió estar todo el tiempo claro y feliz, la Boa, vivió momentos inolvidables con personas que le enseñaron a amar y sentirse amada.

Tres meses después leñadores llegaron a talar más de la mitad de aquel bosque encantado, y por consecuencia su magia no pudo soportar la destrucción, así que se incendió a sí mismo y fue ahí, en donde los cuatro fallecieron habiendo disfrutado plenos, juntos y felices por haber disfrutado sus últimos momentos juntos.

FIN.





El Hombre y el Gavilán

Autor: Henry David Anastacio Asencio

Edad: 15 años

En un viaje sin registro, parte de Guayaquil, un velero rumbo a las cálidas playas de la parroquia Posorja.

En ella iba un animal de contrabando... Un gavilán dorsigrís,

Llevado como muestra de la riqueza de un guayaco que enorgullecido exclamaba y alardeaba sobre el cómo ni los animales endémicos podían escapar de su poder y riqueza

Tanto fue su alardeo que decidió dar un paseo por las afueras de la isla Puná, pero en su embriaguez, lanzó al capitán del velero al mar y decidió manejarlo el mismo, pero en su ignorancia lo único que consiguió fue volcar el velero,

.

El guayaco terminó por vararse en los manglares de Puná, pero a su lado estaba aquel gavilán, casi como un guardián, esperando que el hombre se levante, como si tuviera un deber que cumplir con aquella persona,

Por el hundimiento del velero aquel hombre perdió

todo conocimiento y la manera de hablar, sin aquella riqueza que tanto presumió, pero por algún motivo recordaba cómo leer,

Y leyó en la arena una frase “Del bosque eres y al bosque vuelves”

Sin entender más del tema y con aquel gavilán dorsigrís viéndolo, le entró hambre y sed, desesperado al ver que el sol le estaba dando la espalda y dejando a la luna acechadora, vio una mata de pechiche y una de Pitahaya, tan conveniente, como si algo lo estuviera ayudando...

Sin dudar, comió las pitahayas que descansaban en la mata, no le importó el hincarse, ni ensuciarse, Pues con la memoria perdida, solo entendía que en los bosques secos y tropicales del Puna no hay superiores ni inferiores, no hay ni ricos ni pobres, ni desamparados ni amparados, solo lo que eres, lo que das y lo que recibirás,

Tras devorar las pitahayas, vio a aquel gavilán y sin entender qué quería decir, le compartió los pechiches que hacían en aquella mata, y el gavilán las aceptó, demostrando confianza aquel animal se postró sobre su hombro, y entonces aquel hombre entendió que debían seguir, pues la puesta de sol, por más hermosa que se viera, significaba que la noche está alistándose para acechar, emprendiendo viaje rumbo a algo desconocido, aquel hombre aún con sed tras 30 minutos de caminata, vio una palmera, y al mirar a aquel gavilán, lo mandó a tumbar los cocos, pero el animal solo lo miraba como juzgando con la mirada, sin entender al hombre, pues este solo le señalaba la palmera. El guayaco al ver que el gavilán no hacía nada, decidió coger una piedra y comenzó a tirarla hacia el coco, tras varios intentos el coco cayó, golpeando la cabeza de aquel hombre, pero fue más su ansia de sed que no le importó, y comenzó a partir el coco con la piedra, pero el coco imponente no mostraba debilidad y no quería romperse, entonces el gavilán, aburrido ya de esperar comenzó a picotear el coco, y el coco al fin de abrió, regando casi toda su agua, el guayaco al ver el preciado líquido





pensó en tomarlo, pero al ver al gavián, decido darle el agua a aquel animal y este en agradecimiento, tumbó otro coco y lo partió para el hombre, demostrando que siempre entendió lo que el guayaco le quería decir y este solo se reía al ver que el animal comenzó a entrelazar un vínculo, pero el golpe del coco anterior le devolvió algo de conocimiento al hombre, muy poco, solo recordó el rostro de una mujer y el cómo estaba enamorado de ella, el cómo la amo y el cómo la perdió, este al no saber cómo expresar todo el sentimiento que estaba viviendo en ese momento, al ver un tronco tirado en el escribió un poema

Encerrado

Te confieso

No te deseo

No te miro con ojos de pasión,

Si no de admiración,

Si te amo, no solo amo una parte de ti

Si amara tu cuerpo, no sería amor

Si no pasión,

Pasión siento por muchas cosas y objetos

Pero tú no eres un objeto

Ni un objetivo a alcanzar

Eres mi anhelo,

Mi musa,

Mi admiración

Admiración que tú no conoces,

Pues ante ti, ya ni te hablo

No por rencor,

Si no por amor,

Te amo que cuando estoy contigo

Me embargó en lugares incógnitos del mundo

Pierdo cualquier tema de conversación,

Por tener ante mis bendecidos ojos

Tanta belleza personificada

Tus imperfecciones, son el plato fuerte tuyo

Si tú fueras tan perfecta,

No tendrías ningún valor para mí,

Pues en cualquier esquina, otro muza





Yo podría encontrar,
Pero eres única
Tu imperfección
Es tu mayor belleza
Belleza, tan sublime
Que por eso me encierro
Pues no me siento digno
De verte.

Sin darse cuenta, escribió sobre él cómo era y el cómo veía al mundo, pero la noche finalmente llegó, y el gavián empezó a sentir acecho, aquel hombre al ver que perdió tiempo en escribir tan melancólico poema, desesperado vio un árbol de mango y corrió hacia él, el gavián recolectó hojas secas de palma para que el hombre se abrigara, y así pasó la noche

A la mañana el hombre se dio cuenta que el gavián no estaba, se puso delirante, pensó que la única compañía que tenía lo abandonó y recordó a aquella mujer, pero en silencio se quedó su mente, como si indirectamente no quisiera recordar a aquella mujer, antes de seguir pensando en ella llegó el gavián, no se había marchado, si no que recolectó algunas guanábanas de un árbol que vio cuando bajó el coco para el hombre, este le agradeció al gavián y repartió el fruto entre los dos, el hombre vio un jarabato tirado y decidió llevarlo consigo, pero no sé preguntó quién lo dejó ahí, tras desayunar siguieron con su viaje sin destino, pasaron por un árbol de bototillo, tan hermoso como imponente, pero el hombre vio a una iguana rayada atrapada en el árbol, y el instinto del hombre quiso ayudarlo, pero no sabía cómo, entonces decidió que lo iba a escalar, los trajes de alto valor económico que cargaba el guayaco, se habían reducido a harapos sucios y sin valor alguno, muestra de que en los bosques secos nadie es dueño de su destino.

Decidido el hombre con ayuda de su jarabato escaló ferozmente el árbol, mientras que el gavián solo se dedicó a observar, el hombre tras lograr bajar a la iguana rayada, la dejó libre y está al no saber cómo agradecerle por su heroico gesto, se le ocurrió llamar su atención golpeándolo con su cola, a este le costó tiempo darse cuenta y unos cuantos latigazos, pero finalmente entendió que debía seguir a la iguana, y llamando al gavián empezaron a seguir a la iguana rayada, tenían que ser rápidos pues la iguana es escurridiza y veloz, tras un buen tiempo corriendo la iguana finalmente se detuvo y el hombre vio un

manantial que bajaba de una feroz montaña, pero entendió que es agua limpia y sin dudar lo comenzó a beber, le siguió su amigo el gavián dorsigrís, y la iguana al ya haber saldado su deuda decidió dejar a sus salvadores y seguir su rumbo.

El guayaco ya saciado de su sed, decidió con su fiel compañero seguir su rumbo no sin antes memorizar el lugar.

En su camino de un lugar donde estar a salvo.

Siguiendo con su camino a lo lejos vieron a un venado de cola blanca y este al verlos trató de correr, pero no pudo, resulta que no había comido en días y las fuerzas se le estaban agotando, el guayaco tenía hambre. Pero ya había entendido que en los bosques secos y tropicales si comes algo sea bueno o malo esto tarde o temprano te va a afectar sea para bien o para mal, y decidió ayudar al venado de cola blanca.





El gavián al ver la situación, decidió extender sus alas y alzarse por los cielos tratando de visualizar algo, pues estaban en plena sequía, los manantiales no daban el agua a esas tierras. Entonces el gavián vio a lo lejos unos laureles de cera y empezó a guiar al guayaco, que ya tenía al venado entre sus hombros. Pues este no era tan pesado, y con las fuerzas que tenía empezó a llevar al animal, el tiempo no era amigo en esta aventura pues el venado ya se empezaba a sentir muy mal.

El hombre corrió y corrió y se lastimó y se hincó y enlodo, decidió menospreciar su seguridad y darle más importancia a la del venado. Finalmente llegó a los laureles de cera y le recolectó las hojas que el venado no podía alcanzar, y se quedaron con el venado hasta la tarde, este recuperó sus fuerzas y saltaba de alegría. Pero el guayaco estaba cansado y no había comido, el gavián también con sus últimas fuerzas le hizo señas al venado de cola blanca y este al entenderlo.

Llevó al hombre y al gavián a un lugar donde abundaban unos frutos llamados reina Claudia, el hombre al ver los frutos los partió para que el gavián los comiera también, juntos recuperaron sus fuerzas y el venado al ver que se hallaban bien decidió dejarlos seguir con su viaje no sin antes dejar que el hombre acaricia su cara.

Llegó la noche y el venado se fue rumbo a reencontrarse con su manada. El hombre y el gavián decidieron quedarse a dormir en ese lugar pues era por algún motivo cálido y amigable.

El hombre comenzó a tener un sueño donde estaba con aquella mujer, no se decían nada, solo vio como aquella mujer estaba recostada en su hombro y lentamente se desvanecía, el hombre se sintió solo y vio en algo verde a lo que llamaban dinero consuelo, comenzó a apreciarlo y a volverse otra persona, egoísta y sin piedad.

De un susto el hombre se levantó pues había recordado un poco más de su historia, fue un choque de emociones devastador, recordó que su esposa había fallecido y se volvió una persona mala y ambiciosa, pero comenzó a llorar y se juró en su mente que si lograba salir de ese lugar iba a ser alguien mejor, otra vez encontró un árbol tirado, y en honor su esposa fallecida decidió escribir el siguiente poema.

Nunca será arrepentimiento

Puedo pasar melancolía.

Podre estar lejos,

Podre no mirarte

Y quizás ya nunca más hablarte.

Pero nunca me arrepiento de haberte conocido,

De haber reído y gozado contigo

De haberte amado,

Nunca será un arrepentimiento.

Volvería caer en el mismo hueco dos veces

Cinco, veinte, ochenta, mil si es necesario...

Pero déjame conocerte una vez más,

Solo una...





La vida me dio la oportunidad de conocerte,

De apreciarte, pero no de conservarte.

No de quedarte, ni de visitante.

Solo fue un efímero que yo lo vi como milenio constante.

Han pasado 2 semanas y en Guayaquil, los pescadores ya han visto que falta un velero, el cual como ya sabíamos no tenía un registro de salida, pero unos escucharon en el alardeo del guayaco que se dirigía las playas de Posorja, así que decidieron ir a buscar si encontraban aquel velero o a alguien con vida.

El guayaco se encontraba recolectando unas reinas claudias para el almuerzo, y el gavián fue a ver guanábanos, pitahayas y pechiches, el hombre se dio cuenta que en la cima de un ceibo se encontraba una boa esmeralda, acechando a un indefenso perico cachetigris. El hombre sin pensarlo le tiró una piedra al perico para espantarlo y espero a que la boa bajara para enfrentarla, con jarabato en mano se abalanzó en contra de la boa, y se enfrentaron ferozmente. Tras el acecho la boa comenzó a asfixiar al hombre y este al notar eso rápidamente le pegó con el jarabato al animal. Este lo soltó de inmediato y lo acorraló, en su mente pensó en desvanecerse, pero ya había reflexionado mucho en ese tiempo y recordó que se había jurado ya no causar más daño a nadie, y dejó ir a la boa,

Y el colibrí le regaló unas almendras por su acto de nobleza, aquel hombre solo acento con la cabeza y se retiró. El gavián llegó y comenzaron a comer, el hombre hizo un pequeño río que conectó el manantial con el lugar donde se hallaban, así que el agua ya no resultó un problema. El hombre finalmente comenzó a recordar toda su vida, y se comenzó a culparse por tantas acciones malas que cometió y fue duro pero logró hacer las paces consigo mismo, ya podía hablar, pero nunca lo hizo, pues ya se había acostumbrado a ser alguien calmado.

El gavián vio eso así que, le dijo si finalmente logró ser alguien nuevo, el hombre mientras comía la Pitahaya se quedó sorprendido y no supo qué contestarle, esto era algo irreal. El gavián como leyendo sus pensamientos se adelantó y le dijo que no tema pues no es enemigo, si no un mensajero de los bosques secos y tropicales de Puna, y que ellos vieron en él, a alguien desorientado y perdido, y decidieron enseñarle unas cuantas lecciones.

Ha de ayudarle a encontrar la paz que tanto necesitaba tras la muerte de su esposa, y que decidieron enviar a él gavián dorsigrís. Este se hizo pasar como indefenso para ser capturado por él y cuando el velero se hundió el gavián escoltó a él guayaco hacia la orilla, él fue el que lo guió hacia la mata de pechiche y pitahaya, él le dio el jarabato y él lo orientó en todo su viaje, y le dijo que ya había sanado y aprendido a ser alguien bueno y le contó que un velero está llegando a las afueras de la isla, que si quería irse del lugar que se apurara. El hombre solo tras reírse del impactante suceso solo le agradeció al gavián y cogió su jarabato y se marchó a la costa, iba pensando y reflexionando todo lo que pasó, y en lágrimas le agradeció al gavián dorsigrís por ser tan leal compañero.

Pero cuando la orilla se veía desde la bajada de una montaña y aquel velero estaba dando vueltas alrededor de la costa, el hombre vio aquella palmera, recordó el primer obstáculo que tuvo, y recordó el cómo estaba desorientado sin recordar nada ni a nadie. También recordó cómo el gavián lo recompensó por ser amable y brindarle el agua de coco, y luego otra vez vio al velero y con una mentalidad nueva, decidió quedarse en la isla Puná, en aquellos bosques secos, tropicales y manglares.

Y vio de vuelta otro tronco tirado y decidió dedicarle un último poema a su tan querida esposa.



Este día, tan soleado
Este día, tan soleado
Me recuerda a aquella tarde
En la que riendo contigo
Me di cuenta,
No me haces sentir amistad,
Si no amor
En tu forma de amar
me iluminaste y me sanaste,
Te quería, más, cada vez más Tantas cosas han pasado
Tantos mares he llorado
Pero tú sigues igual
Igual de alegre, igual de sublime Me fascinas, te quiero más y más Esque no comparo
Si te amo
O me engancho en depender de ti
He vivido tantas amarguras por amarte Y tan pocas gratificantes
Pero aun así, eres paz a mi conciencia Aunque el caos que hay en ella Es gracias a ti
A ti y solo a ti
Todo es para ti, no importa
Pues tú rostro puedo ver
En el caos
Lo veo, en aquel día, tan soleado.





EL Hombre y el Jaguar

Autora: Jailyne Loor Aspiazu

Edad: 14

Un cazador vagaba por el vasto bosque Cerro Blanco de la costa del Ecuador, cargando una gran mochila en su espalda. Su mirada recorría los alrededores, buscando un objetivo para poder cazar. Caminaba con pasos pesados, casi arrastrados, estaba cansado por las interminables horas que ha estado haciendo vueltas esperando encontrar algo que valiera la pena, pero no pasó. Era como si los animales hubieran aprendido a evitar al hombre por miedo.

Llevaba días sin comer algo decente y su juicio se veía afectado por el hambre. Con su mano limpió el sudor acumulado en su frente y se sentó contra el tronco de un guayacán, casi oculto por las tantas hojas en el suelo. Se quedó quieto al escuchar gruñidos de unos animales, miró a todos lados queriendo encontrar la fuente de ese sonido, hasta que al mover un poco con su mano el montón de

hojas los vio; Dos jaguares adultos mirándose entre sí a la defensiva, gruñendo mutuamente, estando a nada de atacarse. El cazador, bien escondido, apuntó con un arma a uno de ellos, dispuesto a llevarlo como trofeo a su jefe.

Un sonido retumbó en el bosque. El cazador falló. Los jaguares, asustados, salieron corriendo en dirección opuesta. El cazador maldijo en voz baja y buscó con la mira a cualquier otro animal al cual disparar. Encontró un nuevo objetivo y volvió a apuntar, sus manos temblaban, pero siguió firme.

El objetivo era cachorro de alguno de los jaguares, tal vez de tres meses, caminaba lentamente con la cabeza gacha olfateando el aroma de su madre. El hombre apretaba sus manos sobre el arma, aun sin disparar esperando el momento adecuado. El cachorro se acercaba a su escondite al ser el aroma más cercano que encontró. El cazador tragó saliva con fuerza, dudando.

Alguno de esos jaguares que salieron huyendo era una hembra defendiendo su territorio, protegiendo a su cachorro. Su mano tembló más por esa suposición.

El cachorro ajeno del peligro llegó hasta el hombre y lo observó fijamente. El cazador se sintió juzgado bajo la mirada del pequeño jaguar, por lo que bajó el arma, resignado. - ¿Te perdiste? - preguntó en voz alta, sintiéndose como un loco.

El jaguar, que obviamente no respondió, se sentó, como si esperara algo del hombre.

- ¿Tienes hambre? - Volvió a hacer otra pregunta mientras sacaba un pedazo de carne cruda de la pesada mochila. - Ten - Lanzó la carne. El jaguar ágilmente saltó y la agarró con el hocico, comiendo como si se la fueran a quitar. - Ahí va mi última comida. - Suspiró y se volvió a poner la mochila, dispuesto a irse hasta que el mini jaguar se le acercó con total confianza y puso sus patas delanteras encima de la tela del pantalón del hombre.

-No tengo más. - Se alejó y empezó a caminar lejos del cachorro, pero el pequeño lo siguió. - No me sigas. - El hombre gruñó y corrió intentando alejarse, pero el jaguar igualmente lo siguió pensando que era juego. El cazador se detuvo al notar que su intento de alejarse estaba fracasando y el jaguar al alcanzarlo mordió la tela del pantalón.

Se sentó aun siendo mordisqueado, cansado. El cachorro al ver que no estaban jugando se acostó encima de las piernas del hombre, cerrando los ojos. El cazador estaba molesto, pero tan cansado





como estaba no hizo nada, miró a su alrededor buscando algún depredador y al no encontrar nada se permitió relajarse un poco. Sacó una manta de la mochila y cubrió sus piernas (cubriendo también al pequeño) y cerró los ojos.

El sol apenas estaba saliendo.

Escuchó unos silbidos y abrió los ojos de golpe, casi saltando de su lugar, asustando al cachorro. Una serpiente estaba a unos centímetros de ellos, el cazador, olvidando que lo era, agarró al tigre y su mochila para salir huyendo lo más lejos posible. El cachorro apenas tenía los ojos abiertos, para nada alerta. Después de correr casi un kilómetro paró y dejó al cachorro en el piso, quien movió la cola lentamente como si estuviera feliz. El cazador rodó los ojos al ver su error de llevar al pequeño.

El hombre trepó un árbol, sacando tres mangos y bajo con facilidad, todo siendo observado por el jaguar quien intentó trepar también. Comió el mango como si no hubiese comido en días (casi fue así) hasta terminar los tres, satisfecho. El jaguar lo observaba silenciosamente, con ojos brillosos. El hombre quiso apartar la vista, pero no pudo, era como si el jaguar suplicara comida y si se negaba sería atacado mientras dormía. Después de un rato cazó unas dos lagartijas nativas de ahí, dándoselas al jaguar que comió gustoso. Empezó a caminar mientras el pequeño comía, alejándose en silencio. Pero todo fue captado por el jaguar que lo perseguía con una lagartija en el hocico.

Cuando el cazador tomaba agua, el jaguar quería. Cuando el cazador comía, el jaguar quería. Cuando el cazador trepaba un árbol, el jaguar también quería. Aunque el hombre no lo admita le agradaba la compañía del pequeño, sintiéndose menos solo en ese denso bosque lleno de animales salvajes. El cachorro era muy apegado, como si no quisiera que lo abandonen de nuevo.

El cazador solo cazaba lo necesario, ya no lo hacía por su trabajo o por odio. Solo por necesidad de alimentar al pequeño jaguar.

Con el tiempo se volvieron inseparables, explorando cada rincón del bosque, el hombre en todo momento protegiendo al indefenso jaguar que apenas aprendía a cazar por sí mismo. El hombre empezó a olvidar su deber como cazador, por lo tanto, su jefe no sabía nada de él. En un cuaderno anotaba todo lo interesante que veía, interesándose lentamente en la naturaleza a la cual logró encontrar fascinante. Anotaba animales como el papagayo, que solo pudo topárselo una vez, el oso hormiguero, y claro, datos sobre su jaguar, anotando también su nombre científico: *Panthera onca*.

El jaguar aprendió a trepar árboles y ahora molestaba al hombre desde el tronco, muy cerca de alguna rama en donde esté el hombre. Un mono aullador los veía curiosos desde una de las ramas, el jaguar de 8 meses se movió, quedando peligrosamente cerca del mono, el mono al verse amenazado huyó siendo seguido por el jaguar que apenas tuvo equilibrio en la rama. El hombre al ver al ya no tan pequeño jaguar estando a nada de caer bajó al suelo y se posicionó para atrapar al jaguar. El jaguar con suerte pudo llegar al suelo a salvo, pero con una pata cojeando.

El cazador se sentó y acarició al jaguar que tenía las orejas abajo, se mantuvieron uno al lado del otro. El hombre estuvo un mes abajo del mismo árbol que presenció el accidente, cuidando al jaguar que apenas se quería mover por la herida en la pata. Todo animal que se acercaba para atacar era ahuyentado por el hombre, quien no quería matar a esos animales que solo querían comer.

Cuando el jaguar pudo correr siguieron explorando el bosque, maravillándose por lo excéntrico de su belleza natural.

Los días pasaban rápido estando los dos juntos.





Se escuchó un sonido agudo en el bosque. El jaguar (ahora de año y medio) tembló, el hombre palideció notablemente. – Dime que no solo yo escuché eso – Murmuró el cazador, hablando consigo mismo y tal vez con el jaguar.

Se levantó del montón de hojas, tenso. El jaguar se encontraba en alerta total, moviendo sus orejas de un lado a otro. Alguien gritó un nombre y el cazador lo reconoció. Era el suyo.

Sacó una carne de su bolsillo y se la arrojó al jaguar, alejándose para cuando empezó a comer. Moviéndose unas cuantas hojas y fue cuando el hombre que lo llamaba lo vio y se acercó corriendo. El cazador se quedó inmóvil sabiendo quién era. – ¿Dónde rayos has estado todo este tiempo? – Casi gritó el hombre enfrente suyo. El cazador no podía contestar. O no quería.

-Pensé que ya te habías ido de este mundo – Habló de nuevo, como un regaño.

El cazador sacó discretamente otra carne y la lanzó a la aparente nada. – Pues yo pensé que te olvidaste de mí. – Dijo en un ligero murmullo.

- ¡Pero si tú eras mi cazador estrella y querido! Jamás te habría olvidado. – Le dio unas palmaditas en el hombro. – Todo este tiempo espere noticias de ti y de que me traías un jaguar de aquí. – Suspiró dramáticamente.

-Tuve contratiempos. –

El hombre iba a hablar, pero vio una cola entre muchas hojas, moviéndose lentamente, de colores distintivos. – ¡Un jaguar! – Gritó con ansias el hombre. Cargando el arma que traía consigo.

El cazador, asustado pero decidido a defender al jaguar se interpuso entre el hombre y el no tan escondido animal. – Por favor, no. –

El hombre lo observó, sin decir palabra, pero su ceño fruncido con el pasar de los segundos. – Dime que no estás defendiendo a ese animal. –

El cazador se acobardó un poco al escucharlo, pero no retrocedió. – Escucha. – Tragó saliva dificultosamente. – Es un animal inocente, no nos ha hecho nada. Déjalo vivir, te lo suplico. Su especie está en peligro de extinción, no hacemos un favor en atraparlos como trofeos. – Su voz se quebró. – Ellos merecen vivir tanto como nosotros, al menos hasta donde puedan naturalmente. Este jaguar...es mi amigo. – Bajo la cabeza.

El hombre mayor estaba en silencio. Sin decir nada extendió un cuchillo hacia el hombre joven. –A quienes debes querer como amigos son a los humanos. – Dijo sin pizca de emoción en su voz, pero que en el fondo era rabia contenida.

El cazador observó el cuchillo. Sus ojos, lentamente se nublaron. Las lágrimas rodaron por sus mejillas.

-Tómalo – Gruñó el hombre. – O lo haces tu o lo hago yo. – Advirtió en un tono amenazante.

El cazador tomó el cuchillo lentamente y giró a ver al jaguar, quien lo miraba curioso.

Las manos le temblaron tanto como su cuerpo, las lágrimas caían sin detenerse. Los recuerdos de sus momentos juntos le invadieron, su corazón pesaba y el aire no era suficiente en sus pulmones. Su vista nublada solo distinguía el color tan característico del jaguar enfrente suyo, alzó el cuchillo lentamente hacia arriba del jaguar. Su mente lo traicionaba imaginando al gran animal como un cachorro indefenso, porque así era como lo veía. El pequeño que cuando no le daba comida le mordía el pantalón hasta dañarlo. El pequeño que lo seguía a donde fuera que vaya sin querer perderlo de vista. El pequeño que fue abandonado por su madre. El cachorro que le enseñó que no todo era odio, sino que también podía haber cariño donde menos lo esperas.





Ese cachorro era el que tenía enfrente.

Sus piernas le fallaron, cayendo de rodillas frente al animal que ni se inmutaba, confiando en que no le haría daño. El cazador lo abrazó, queriendo soltar el cuchillo, pero temiendo lo que podía hacer el hombre detrás de él.

-Lo siento. – Murmuró al jaguar, con un temblor en su voz. – Lo siento tanto. – Se disculpó en vano. El animal no entendería sus palabras. – Perdóname – El nudo en la garganta no le permitió decir más, pero quería seguir disculpándose. Sintió que falló en protegerlo. No podría matarlo con sus propias manos, el hombre de atrás lo haría sin pensar.

No quería dejar de abrazar al jaguar, sus brazos consciente e inconscientemente se aferraban al jaguar, quien no se quejaba. El animal le lamió con su lengua rasposa la mejilla. Sollozó en silencio no queriendo probar la paciencia del hombre mayor.

-Yo lo crié. – Susurró, casi sin fuerza en su habla. – Es mi pequeño. – Seguía aferrado al pelaje del jaguar, tal vez siendo su única estabilidad.

El hombre, cansado, tomó su arma y apuntó. – Quítate. – Amenazó.

- ¡No! – gritó el hombre joven en su desespero, no queriendo que le quiten lo único bueno que le sucedió en la vida. – ¡Ten piedad de él, por favor! – Suplicó impotente.

El hombre mayor volvió a repetir que se quitara, pero el otro se siguió negando. El jaguar gruñó, en advertencia hacia el hombre mayor al empezar a detectarlo como amenaza. El ex cazador al notar eso se mantuvo firme.

-Baja el arma. – Sintiendo una repentina valentía miró al hombre mayor a los ojos por primera vez. El contrario se tambaleó, pero no hizo caso.

El ex – cazador, dejando la tristeza de lado y dejando que la furia lo domine se abalanzó al hombre, quitándole el arma y apuntándole. – Lárgate. –

El hombre sintió miedo, pero no lo reflejó. – Si me voy ahora regresaré después y tu tigre no estará a salvo con mi gente. – Intentó negociar. – A menos que vengas conmigo.

La mente del hombre joven era un caos total, el temblor de las manos no pasaba desapercibido para nadie, pero no le importaba, su objetivo era claro; defender la vida de su amigo. Observo los ojos del hombre frente a él, queriendo encontrar alguna trampa en su propuesta.

-Es un jaguar. ¿Y cómo estoy seguro que lo dejaras en paz si voy contigo? – Respondió bajando un poco el arma.

-Porque estarás conmigo. –

El ex – cazador dudó, pero al ver al jaguar, aún tenso por la presencia amenazante, aceptó, asintiendo.

-Solo...Déjame despedirme primero. – Mantuvo el arma cerca suyo por si acaso y volteo hacia el jaguar. – Esto es un adiós, entonces. – sonrió tristemente. – Prefiero tener que dejarte que matarte con mis propias manos. – Lágrimas silenciosas recorrieron sus mejillas.

Lo acarició y lo abrazó.

El jaguar, por primera vez, pareció entenderle. Y entendió que era una despedida.





El susurro del bosque y la marea

Autor: Juan Ignacio Torres Díaz

Edad: 17 años

El amanecer bañaba de dorado las copas de los ceibos en el Bosque Seco Tropical de Cerro Blanco. Un joven avanzaba con cautela entre los árboles, maravillado por la vida que despertaba a su alrededor. A su lado, Mare caminaba con él, escuchando atentamente el canto de un guacamayo verde mayor que se movía entre las ramas, y el susurro de las hojas secas del samán mecidas por la brisa.

—Mira cómo el sol atraviesa las hojas —susurró Mare— parece que cada rayo acaricia la tierra—

El joven asintió, fascinado por el ceibo gigante que se erguía ante ellos como un guardián milenario. A lo lejos, un venado de cola blanca levantó la cabeza y los observó con ojos curiosos, mientras un mapache cangrejero escarbaba entre las raíces en busca de frutos caídos. Un colibrí esmeralda occidental danzaba alrededor de las flores, zumbando con rapidez y llenando el aire con destellos de luz verde.

—El bosque siempre nos habla si sabemos escuchar —dijo Mare— Cada animal, cada árbol tiene algo que decir—

El joven sonrió, contemplando cómo los guayacanes comenzaban a desplegar sus flores amarillas, iluminando los senderos con un color intenso. Se sentía parte de algo más grande, como si la naturaleza misma lo aceptara en su secreto mundo. Podía escuchar el canto de los pájaros mezclado con el crujir de las hojas secas bajo sus pies y el suave rumor de un riachuelo cercano.

De repente, un fuerte olor a madera recién cortada llegó hasta ellos. Ramas quebradas y pasos apresurados rompieron la armonía del bosque. El joven comprendió de inmediato: alguien estaba talando árboles cercanos al río. Mare tomó su mano y juntos corrieron entre los ceibos y guayacanes, siguiendo al guacamayo verde mayor, que parecía guiarlos hacia un lugar seguro.

Mientras avanzaban, los sonidos del bosque se hicieron más intensos: un colibrí esmeralda occidental sobrevolaba sus cabezas con movimientos rápidos, y el mapache cangrejero desapareció entre las raíces, vigilando y explorando a su manera. El joven observó cómo los mangles rojos y negros se alzaban entre los canales de agua, protegiendo a pequeños peces y cangrejos que se escondían entre sus raíces.

—Mira cómo las raíces del mangle rojo se entrelazan con el suelo —dijo Mare— Es como si el bosque construyera su propio laberinto para protegerse—

El joven recogió un puñado de semillas de pechiche y las plantó cuidadosamente entre las raíces del mangle, sintiendo que devolvía un poco de vida a la tierra. Mare lo miró con una sonrisa alentadora:

—Cada semilla cuenta, cada acción importa. Si protegemos estas plantas, los animales siempre tendrán un hogar—

A medida que avanzaban, un venado de cola blanca los acompañaba desde la distancia, observando con curiosidad y cautela. Entre los ceibos, guayacanes y pechiches, podían sentir la fuerza de la vida alrededor: la brisa movía suavemente las hojas, los insectos zumbaban y el aroma de la tierra húmeda llenaba sus pulmones. Mare tomó la mano del joven y dijo:





—Nunca había sentido algo así. Es como si todo el bosque nos hablara a la vez—

Finalmente, llegaron a un claro donde los árboles formaban un círculo natural, un refugio silencioso y seguro. Allí, el guacamayo verde mayor lanzó un grito fuerte, el mapache cangrejero desapareció entre las raíces, y el colibrí esmeralda occidental danzaba entre las flores, como si celebrara su llegada.

—Este lugar debe ser protegido —dijo Mare con determinación—. Si más personas escuchan al bosque, podrán ayudar a cuidarlo—

El joven asintió y contempló cómo los rayos del sol iluminaban los mangles rojos y negros, reflejando su luz en el agua. Cada planta, cada animal, cada río parecía vibrar con vida propia. Sabía que no podían salvar el bosque solos, pero podían inspirar a otros a escuchar sus susurros, a comprender que cuidar la naturaleza era cuidar la vida misma.

Con un suspiro, Mare y el joven miraron a su alrededor. El bosque estaba lleno de sonidos, de vida, de secretos. Sabían que aquel lugar era especial y que, mientras ellos estuvieran atentos, siempre habría esperanza.

El mapache cangrejero desapareció entre las raíces, el guacamayo lanzó un último grito que se mezcló con el canto de la brisa, y el joven miró a Mare con decisión: juntos protegerían ese lugar, ese refugio de vida, y nunca olvidarán que el bosque siempre habla... si alguien lo escucha.





Susurro entre el mar y el manglar

Autor: José Michel Gonzabay Álava

Edad: 13 años.

Con un tono diferente siempre llegaba el amanecer en la parroquia Posorja, tal como si el viento, la brisa y el sonido que emite las ondas del mar se conjugara con las voces antiguas del manglar y todas las especies que allí habitan. Sí, en ese cálido espacio que embellece la naturaleza, donde el río Guayas se abraza con el mar, los mangles rojos dilataban sus raíces como brazos que se aferran a la vida. El agua entre dulce y salada acariciaba los pedazos de troncos ensortijados y, entre tantos, se brotaban pequeños destellos carmesí: los deliciosos cangrejos rojos que, ordenados como una cúpula militar, se asomaban de sus pequeñas casitas para presagiar el inicio de un nuevo amanecer.

Jacinta, una joven muchacha de diecisiete años, tenía como costumbre contemplar todas las mañanas esa danza maravillosa. Su querido abuelito le señalaba que los cangrejos eran vigilantes del manglar, y que, si algún día se extinguen, también se desvanecerá el corazón de la costa. Ella no entendía del todo esas alegorías, sin embargo, cuando veía la marejada manchada de rojo por la corriente de miles de patas pequeñas, auguraba algo sagrado que estaba acontecido.

En aquella ocasión, pudo darse cuenta de algo distinto. Un papagayo de Guayaquil, con un plumaje grandioso, verduzco y una mancha amarilla radiante en su pecho, bajó entre la rama más baja de un roble cercano. No era nada raro percibir sus graznidos muy lejos, aunque pocas veces descendían próximas a las casas. Jacinta lo observó con detenimiento: el ave mantenía en su pico una semilla rara, grande, casi dorada.

-Abuelo -exclamó— ¡ven a ver esto! —

El vetusto señor salió del rancho con paso muy lento. Sus pupilas, veladas por los años, centellearon al ver al papagayo.

-Aquella ave no es cualquier papagayo, niña. Es un ser que tiene el rol de mensajero. Al estar tan cerca, es porque el frondoso bosque quiere transmitirnos un mensaje muy importante—

Jacinta se sorprendió, algo incrédula y curiosa. El ave arrojó un canto agudo y se fue volando hacia la profundidad del bosque seco, descuidando la semilla que llevaba consigo.

II

La joven señorita recogió la semilla. Era muy sólida, con una superficie arrugada y un color entre caqui y naranja. Poco recordaba haber visto antes semillas similares en las expediciones de la escuela al bosque seco, cuando los maestros enseñaban los solemnes ceibos, tremendos árboles gigantes que parecían raspar el cielo con sus desvestidas ramas.

-Al parecer es una semilla de ceibo -expuso el anciano señor, acariciando la pieza con manos estremecidas. —Si el papagayo la ha traído hasta aquí, eso significa que debemos ir con él—

Jacinta dudó; jamás había se había adentrado tan lejos al bosque por su cuenta. Pero el abuelo insistió en que los bosques y los manglares no debían considerarse seres sin importancia sino hermanos que se apoyaban entre sí. “Si el manglar respira con la marea, el bosque seco sueña con el viento”, le repetía como un refrán.





Motivada por esa combinación de temor y curiosidad, la muchacha se metió en la senda. El sol se alzaba y el aire se volvía tupido. Los árboles secos, con hojas amarillas, se balanceaban como espectros antiguos. Entre las ramas, oyó un chillido nervioso: una ardilla de Guayaquil, cuyo pelaje era gris y ojos vivos, saltaba de rama en rama, mirándola con insistencia, como si quisiera guiarla.

Jacinta echó a sonreír sonrió.

—Está bien, si hasta las ardillas desean enseñarme la vía no puedo considerar la vuelta—

III

La vía se hacía más pequeña hasta llegar a una chica quebrada seca. Allí, entre piedras húmedas, se escuchaba un charlear ronco y profundo, muy distinto al de los sapos comunes. Era una resonancia grave, casi como un tambor. Siguiendo el ruido, Lucía descubrió al dueño de la voz: un sapo bocón del Pacífico, inmóvil sobre una roca. Su piel moteada parecía confundirse con el lodo, y sus ojos dorados la miraban sin parpadear.

El anfibio croó de nuevo, y la vibración resonó en el pecho de la joven. Por un instante, Lucía tuvo la sensación de que el bosque entero se comunicaba a través de ese canto. Se estremeció, no de miedo, sino de asombro.

De repente, el papagayo regresó. Volaba en círculos sobre su cabeza, para luego posarse en el ceibo más alto que se levantaba al otro lado de la quebrada. Sus ramas desnudas parecían brazos abiertos.

Lucía entendió que había llegado a donde debía. Trepó con cuidado, atravesó la quebrada y se acercó al imponente árbol. A sus pies, encontró más semillas iguales a la que el ave había dejado caer en su casa. Estaban acumuladas como si alguien las hubiera depositado allí a propósito.

-¿Qué significa todo esto? -susurró.

El viento se levantó de pronto, y las ramas del ceibo crujieron como si respondiera. En ese instante, desde lo alto, un grupo de loras frentirrojas levantó vuelo en bandada, llenando el aire de chillidos alegres. Era un espectáculo ensordecedor y hermoso.

IV

De vuelta en la aldea, Lucía relató a su abuelo lo sucedido. Él escuchó en silencio, con una sonrisa casi imperceptible.

dijo finalmente.

—El anciano le contó una historia que pocas veces compartía: antiguamente, los habitantes de Posorja sabían leer las señales de la naturaleza. Cuando el papagayo se acercaba, cuando el sapo bocón cantaba fuera de temporada, o cuando las ardillas bajaban de sus árboles con inquietud, significaba que se avecinaban cambios en el clima, o que algo amenazaba el equilibrio del bosque y el mar—

-Hoy ya nadie escucha esas voces —murmuró. Pero parece que a ti sí quieren hablarte.

Lucía se quedó pensativa. Esa misma noche, mientras la luna iluminaba el manglar, salió sola hasta la orilla. Observó a los cangrejos rojos que regresaban a sus madrigueras y a los mangles que parecían abrazar las aguas. Sacó la semilla de ceibo y la sostuvo fuerte contra su pecho.





En ese instante, el papagayo volvió a posarse cerca de ella, y por primera vez Lucía entendió: la semilla no era solo un símbolo, era una promesa. Debía sembrarla, cuidarla, y con ello, unir en un gesto sencillo las voces del bosque y las del manglar.

V

Pasaron meses. La semilla germinó junto a la choza de la familia. Cada día Lucía la regaba con paciencia, mientras el abuelo le enseñaba antiguos cantos de respeto a la naturaleza. El ceibo pequeño comenzó a crecer con fuerza.

Con el tiempo, los vecinos empezaron a notar lo que hacía. Algunos niños se acercaron a jugar bajo la sombra incipiente, otros trajeron semillas de roble y guayacán para plantarlas cerca. El bosque seco volvía a nacer en medio de la aldea, abrazado por el aire salino del manglar.

Lucía ya no era solo una muchacha curiosa: se convirtió en guardiana de esa unión invisible entre dos mundos. Cada amanecer, cuando los cangrejos rojos desfilaban, cuando las ardillas correteaban, cuando el sapo bocón entonaba su tambor y las loritas revoloteaban con bullicio, ella sentía que el susurro del bosque y la marea la acompañarán siempre.

Y en lo alto, el papagayo de Guayaquil seguía vigilando, como el eterno mensajero de un pacto renovado.





Rita y Layla: Aventuras en el bosque mágico de los sueños

Autora: Roxana Segovia

Edad: 14 años

Rita tenía 12 años y una imaginación tan grande que a veces parecía que el mundo entero caía en su cabeza, pero en el colegio nadie le presta atención y la ignoraban demasiado solo ¡Qué ronquido tan fuerte! le decían que era muy “Especial” que pensaba diferente a los otros. La única persona que la entendía y le daba mucha atención era su madre, con su apoyo la ayudaba mucho.

—mamá, ¿por qué los niños no juegan conmigo?— Preguntaba Rita mientras miraba sus propias manos jugando con ellas.

La madre la miró respondiéndole —¡Qué ronquido tan fuerte! no saben lo increíble y especial que eres, mi amor— Dijo con una cálida sonrisa —Pero pronto cambiará todo, vamos a visitar a la abuela en el campo, el aire fresco te ayudará con el asma—

Llegaron al campo después de un largo viaje y Rita conoció a Layla, su nueva vecina de al lado.

—Umm... Hola, soy Layla... Un gusto— Dijo tímidamente bajando un poco la voz. La niña que había conocido era linda de piel blanca como un lomo de un armíño, unos ojos de combinación gris y violeta... Una preciosa niña albina.

— ¡Hola! Un gusto Layla, yo soy Rita y... ¿¿Podríamos ser mejores amigas? — Pregunto con esperanza y nervios.

Layla sonríe con cariño pero con timidez.

—Si...Si quiero ser tu mejor amiga...— Dijo aun con la sonrisa y tímida pero un poco confianza.

— ¡SI! ¿Sabes qué? Ahora que somos amigas te invita a ir a de aventuras a un bosque cerca de aquí— Dijo Rita emocionada por tener una primera amiga.

—Genial... ¿Pero la hora o día?... — Dijo Layla curiosa mientras Rita pensaba como planearlo.

—Podría... Umm... Bueno... ¿En la madrugada? Le podría decir a mi Abuela que voy de campamento contigo y tú ahí le dices a tú madre que te deje ir al campamento que te invite... ¿Entiendes? — Dijo aún emocionada esperando a que la dejen ir.

Layla se quedó congelada pensando pero asintió con la cabeza.

—está bien... Le diré a mi mami—

La noche se acercaba y las dos se despidieron cada una se fue a su casa a dormir...

Al día siguiente las dos se vuelven a encontrar para explorar el bosque cercano. Ambas niñas entran al bosque... Todo es raro como si fuera un sueño y se habían conectado en sueños; los árboles se movían y crecían en zigzag, las mariposas volaban de espaldas y desde ahí un Guacamayo verde canta opera desafinada.

El Guacamayo colgado de una rama boca abajo—¡Oooooohhh que alegriaaaa tener visitas que no sean ardillaaaas! —





—¿Tu eres un Guacamayo cantante? — decía Rita mientras reía.

—¡Canto y doy consejos matrimoniales a los hongos! ¿Necesitas una guía espiritual? — hablaba entre gritos el guacamayo

—¿Está loco? — habla con miedo en la voz de Layla

—Si por eso me va cayendo bien—

Entre los arbustos suena algo que va a salir y Layla se asusta escondiéndose detrás de Rita esperando a que salga... Un mapache cangrejero Francés con un gorro de chef

— (Dijo en acento francés) ¡Messieurs et mesdemoiselles! Quieren probar mi sopa de moco de nube hojas de Fernán Sánchez al vapor— dijo alegremente el mapache.

— ¡Delicioso! Pero asqueroso a la vez... A qué sabrá el moco de nube ¿A aire? JAJAJA— indicaba Rita

—Umm... no sé pero es un poco rara esa receta— indicó Layla

Rita agarra el plato de sopa solo por curiosa, preguntándose por su sabor y las dos continúan con la caminata yendo más profundo del bosque mientras Rita come la sopa y Layla la sigue a su lado.

— ¡QUE RICOOOO! Sabe como a... Hmmm... cereal o Matcha, ¡PERO QUE RICOOOOO! — dijo Rita

—Umm.. no sé qué sea eso pero está bien jeje— contestó Layla

Las dos se detienen para ver una silueta negra de cuatro patas con cuernos.

¿Qué será eso?... ¿Un caballado unicornio?.

Habló Rita con la boca llena de la sopa, casi terminándose, Layla se apega más a Rita por miedo mientras la silueta se acerca más a ellas... Era un venado de cola blanca modelando.

—Soy el famoso Veni Dior, modelo natural al 100% elegancia sin Photoshop

— Yo también podría ser elegante;... O creo que sí. — indicó Rita

Al instante pasó un Gavilán gris bajando del cielo y se posó con seriedad.

— El amor... ¡Ah el amor! Tan ligero como el vuelo y tan doloroso al chocar— cantó el gavilán con voz profunda.

—¿Está bien?... — susurró Layla

—¿será que se golpeó con algo como para ser romántico? — replicó Rita en tono burlón.

Las dos se quedaron escuchando con Rita el ceño fruncido y Layla un poco preocupada, al Gavilán dando poemas sin parar.

—Si fueras paloma, yo sería viento, si fueras semilla, yo... ¡abono romántico! —siguió cantando el gavilán

Mientras el venado, rodando los ojos, exclamó— Ya empezó otra vez... —

El venado se fue, pero con extravagancia... Rita y Layla se quedaron un rato más para entrar más al bosque, viendo una gran Boa Esmeralda en una de las ramas de Fernán Sánchez, las hojas que parecían mariposas estaban en su cabeza tranquila mientras la Boa hacía temblar el suelo con ronquidos.





—¡Qué ronquido tan fuerte! roca tan fuerte! Que miedo... — indicaba Layla mientras se tapaba los oídos y estaba agarrándose de su amiga

Sin abrir los ojos la boa siseo— ¡¡Silencio!! No me dejan dormir después de cazar- Luego abrió un ojo y las miró — Hmmm... Suerte que no son pajarillos—

Abre por completo los ojos mirándolas fijamente a las dos, Layla se esconde un poco detrás de Rita.

—Uy... Que miedo da, ¡Ritaaaaaaa! —

—Umm... Aléjate, gusano— Rita encaró a la serpiente.

—Sabrán más delicioso si son humanos... — se preguntó la boa

La Boa abre la boca bien grande haciéndolas asustar a las dos, Layla fue la primera en correr mientras Rita quería enfrentar a la Boa; pero como Layla la dejó sola. Así que decidió correr con ella. De repente un gran miedo las alcanzó; despertaron de esa pesadilla... Rita quedó confundida saliendo de la casa de su abuela y miró a Layla que estaba cerca del bosque.

¡LAYLA! ¿Soñaste lo mismo que yo?

Acercándose a Layla, pero esta no entendía a qué se refería.

Mirándola con curiosidad le preguntó — ¿Sueño? No, no soñé nada... ¿Qué pasó en ese sueño? —

Rita suspiró profundamente—¡PASARON MUCHAS COSAS! Como un Guacamayo cantando opera, un Mapache cocinero que hizo una sopa que sabía a matcha, un venado modelo muy extravagante, un gavián dando poemas románticos y una Boa que quería comernos, y que el bosque era muy extraño hasta los árboles y animales alrededor—

Layla se queda en silencio congelada por lo que dijo y confundida le respondió.

—Que... Qué sueño más raro el que tuviste—

— ¡está loco, verdad! Eso fue... Lo más genial que soñé... O eso creo. — dijo Rita



Riéndose un poco, Layla replicó — Es mejor olvidarse un rato de eso, mi madre te invito a cenar en mi casa—

Pasa el tiempo y Rita está decidida a estudiar junto a Layla, se hacen mejores amigas que van donde sea juntas, aventuras, viajes, salidas y todo...

Rita nunca más se quedó sola y se sintió segura con su mejor amiga.

FIN...





El niño del bosque

Autora: Leslie Kristel Urgilés Manzano

Edad: 15 años

Donde el sol se alza imponente, la brisa, traviesa, recorre mundos distintos, pero unidos por una misma alma, los Samanes con su inmensidad frondosa y los Mangles respirando bajo el agua, juntándose en una danza inigualable; Siendo hogar no sólo de hermosos animales, sino de personas, cuyo corazón correspondía a esta belleza de mundos.

Una tribu, arraigada a esta naturaleza, basó su cultura en el encanto natural, dispuestos a luchar por lo que les pertenece, guiados por su líder, un hombre con sus años, pero lleno de sabiduría, quién porta con honor una máscara de

Guacamayo, junto a él, los guerreros más valientes, cuya identidad se encuentra escondida por aquellas máscaras, cada una ganada con esfuerzo y honores, resaltando en alto sus fortalezas; La rapidez de un Venado cola blanca, la vista de un Gavilán Dorsigris, la agilidad de una Iguana y la fuerza de un Mono aullador; Los valerosos jóvenes se encargaban de cuidar la tribu y su hogar.

Con cada victoria, su sociedad se llenaba de gozo, fiestas y unión, las comidas eran infinitas, la música rítmica, el aire era llenado de Palo Santo, a la lejanía de esa felicidad desbordante, un pequeño veía como vitoreaban a sus héroes, queriendo y añorando algún día poder ser uno de ellos, retirándose luego de su escondite para completar su pequeño gran proyecto secreto, una máscara, no cualquiera, uno que lo representaba, una del animal que siempre lo ha acompañado y fascinado en su vida, pasando sus tardes sin descanso con su canto, entre astillas y cortaduras, un pequeño perico nacía de la valentía de estos guerreros.

Muchos en el pueblo lo llamaban “el niño del bosque”, su curiosidad lo guiaba a cada rincón de las grandes arboledas, a cada charco de la ciénaga que lo rodeaba, siendo parte de este ecosistema tan frágil pero perfecto, mientras los Pericos se acercaban compartiendo el sentimiento del niño, protegiéndolo de la soledad, brindando su calidez con su melodía. Por las noches volvía a su pueblo, con su máscara en manos, con la promesa de regresar al día siguiente con su aventura.

Por desgracia, la dicha es algo de lo que podemos afirmar efímero, sin aviso, la tormenta se avecinaba.

Lanzas, armas y una lengua extraña se oyeron al norte; a las afueras del bosque, con claras intenciones de guerra si su objetivo era obstaculizado.

Los guerreros no tardaron ni un segundo más en responder, dispuestos a proteger a toda costa su hogar, armaron la estrategia, no parecían de la zona y usarían eso a su favor.

Al llegar, se dividieron, los invasores solo escucharon cómo pequeñas ramas crujían en el suelo a una gran velocidad, como si la simple presencia del viento las rompiera, la mayoría restó importancia, pero el mal presentimiento de sembraba en ellos, siguieron su recorrido, sin poder ser conscientes de la vigilancia que mantenía el gavilán hacia ellos, alertando mediante señas la posición de los enemigos cada segundo.

La Iguana se movía ligeramente entre las tupidas ramas de los Saiba, siguiéndoles el rastro, hasta que en el momento donde más cerca de los manglares estaban, emboscaron.





Con suma facilidad, el Mono destruyó las lanzas como ramitas secas, entrando a combate con tres enemigos, quienes estaban dispuestos a pelear, él sólo soltó una risa fanfarrona, siendo conocedor del destino de esas almas.

El Venado entró de imprevisto, esquivando con destreza cada ataque, como si fuera un baile burlón, quejándose mientras los despiataba para adentrarnos al manglar, sin notar el cambio de bioma, quedaron atrapados bajo el agua, listos para ser capturados por el joven.

Los que restaban fueron vencidos por la Iguana y el Gavilán, sorprendiéndonos desde los árboles, el primero defendiéndose con armas cuerpo a cuerpo, escurridizo les quitó equilibrio con una fuerte derrapada de pierna, mientras su compañero predecía cada movimiento, atacando sus puntos débiles, dejándolos rendidos y derrotados en el piso, el dúo choca las palmas al notar

su victoria, vigilándolos hasta poder reunirse con los demás, la advertencia de quién cuidaba el lugar estaba clara.

Al regresar, fueron recibidos con felicidad, creyendo fielmente haber vencido al enemigo, nada más lejos de la realidad, ya que el grupo enemigo estaba planeando una nueva estrategia, una que esta vez, no fallaría...



El amanecer llegó con una amenaza, en busca de un segundo encuentro, confiados en su victoria pasada, marcharon a la ubicación.

Escuchan las ramas quebrarse inexplicablemente por el viento otra vez, pero ellos ni se inmuta, pacientemente esperan que esas ramas dejen de sonar...

El Gavilán intentaba vigilar, pero un humo repentino limitó su vista, sabían su ubicación y sin su vista era vulnerable a los ataques...

La Iguana se movía en lo alto, intentando ver exactamente qué pasaba, pero en su balanceo una rama traicionera se rompió, expulsándolo al suelo, donde ya estaba siendo esperado...

El último en caer fue el Mono, quien algo desesperado al no ver señal de sus compañeros, empieza a buscar a los invasores, hasta que siente una aguja atravesar una parte de su ropa, seguido de más, lograba esquivarlos con torpeza, pero no tardaron en dar a su objetivo, quien sin poder más cayó rendido...

Cuando despertaron, estaban inmovilizados, derrotados, con la vergüenza y la impotencia encima de ellos, en especial, la culpa, la culpa de no poder proteger a los suyos.

Mientras la tribu los esperaba, algunos notaron su extraña tardía, la preocupación y la incertidumbre crecía con cada hora, cuando la noche reclamó su lugar, era evidente que algo había pasado, el murmullo vino sin invitación, las voces se pasaron sin aviso, pero nadie haría nada hasta el amanecer.

La noticia llegó a oídos del pequeño niño, se miró sus manos y las cerró, si nadie hacía nada pronto, estarían perdidos, así que, con un coraje abismal, buscó su máscara artesanal, vio sus detalles y con un ligero titubeo, pero decidido, se la colocó.

Escurridizo, conocía de pies a cabeza el bosque, el manglar, era su mundo, con su pequeño mapa dibujado, marcaba los posibles lugares donde podrían estar, sabía que cada minuto contaba, recorrió los senderos, las ramas lo cubrían, bañó sus pies en el agua y la Luna lo guiaba a su destino.





Hasta que dio con su objetivo, siendo advertido por la luz cálida de una hoguera y voces que no reconocía, la algarabía de la noche en un idioma completamente desconocido, haciendo contraste con su realidad en la aldea, con cuidado, se acercó mientras el fuego era más y más cercano, hasta que los divisó, atrapados en unas sogas resistentes, los guerreros que tanto había admirado, ahora estaban reducidos a prisioneros de los despiadados invasores.

Tembló al verlos, dio un paso atrás ¿Cuál podría ser el destino de él? Pero cuando tocó su rostro, sintió la áspera madera, recordando por qué luchaba, no era por su admiración, era por su hogar, por la naturaleza, por las hojas que jugaban con su pelo, por los animales que siempre lo acompañaban, por la gente que le sonreía, que mantenía sus rituales y que siempre amó a la madre Tierra y en especial, por él, por la convicción de amar todo su alrededor, este era su hogar, no podía simplemente echarse para atrás.

Así que conteniendo todo el aire en sus pulmones, poniendo en alto el valor de su máscara, produjo sonidos altos y agudos, algo que dejó desconcertados a los terribles cazadores, dispersándose para vigilar la zona, dio vueltas el lugar, desesperándolos por el sonido, cuando estuvieron lo suficientemente distraídos, se escondió tras un Ceibo donde se recostaban los prisioneros, sacó una pequeña navaja para tallar, que usó para desatarlos, silenciosamente, mientras los jóvenes lo veían atónitos ¿Cómo un niño fue a salvarlos? Pero no hubo tiempo de pensar, era tiempo de luchar.

El Gavilán armó una estrategia rápida pero efectiva, había analizado a detalle el lugar.

El Venado fue por armas, esquivando a los que lo querían atrapar, contraatacando cuando un arma estuvo a disposición, lanzando algunas a sus compañeros también.

La Iguana la tomó sin dudar, subiendo velozmente a su terreno para sorprender en la oscuridad al enemigo. El Mono fue sin chistar contra ellos, dejándolos noqueados, agarrando un arma también pero realmente sólo le serviría de decoración, sus puños eran más que suficientes para él. Cuando el amanecer empezaba a llenar el suelo y las hojas demostraban los destellos de luz solar, los cazadores habían sido inmovilizados.

Pero inmediatamente, empezaron a buscar a aquel valiente héroe, quien se hizo notar finalmente detrás de un Mangle, teniendo cierto miedo de algún regaño, pero en vez de eso, fue reconocido por sus ídolos, lo que lo llenó de una felicidad inmensa, curiosos por aquella máscara de Perico Cachetigris, el niño les contó sobre su invención, lo que significaba para él.

Al llegar a casa, la celebración no se hizo esperar, todos estaban sorprendidos por aquella hazaña que nadie podía creer que como este niño lo había logrado, algo que no fue ignorado por el gran jefe, con alta honorabilidad, al hacer su llegada anunció, todos se hicieron a un lado y arrodillándose ante la autoridad, dejándolo frente a aquel valiente niño, quien no podía evitar flaquear sus piernas ante la atención del Guacamayo mayor.

Este, sin murmurar ni una palabra, marcó la frente del niño con una forma peculiar, pero que todos sabían su significado. El título más honorable que alguien podría recibir. Una responsabilidad que pocos pueden tener.

Entre el bullicio de las aves y el silencio de la gente, el pequeño Perico Cachetigris era coronado como el futuro guardián de la Tierra, del Manglar, del bosque, de todo el verdor y él estaría dispuesto a defenderlo.

Había demostrado su amor por este lugar sagrado, el valor de sus acciones y su astucia de guerrero, sin notarlo, había cambiado el rumbo de sus habitantes gracias a su valentía.





Y así entre la misma sombra del Samán, la respiración del Mangle, la brisa salada, los susurros del bosque y el chapoteo del Manglar, el sol se impone un día más, anunciando cómo su pueblo, su hogar y corazón tenían un nuevo guardián.





El Refugio Eterno

Nombre: Sayoa Solange De La Eze Gordillo

Edad: 17 años

Era un manglar rojo de 153 años, firmemente enraizado en las orillas del estero, donde las aguas dulces de la ciudad se mezclaban con las saladas que llegaban del Pacífico. Desde mi posición privilegiada, cada día había visto un amanecer diferente reflejarse sobre las aguas tranquilas, aunque yo permaneciera siempre en el mismo lugar.

Mis raíces aéreas, como pilares retorcidos que emergen de las aguas fangosas, se habían convertido en refugio de una vida extraordinaria. A mi alrededor se extendía un laberinto de canales serpenteantes donde mis compañeros manglares formaban una familia diversa.

Esta comunidad vegetal servía de refugio a una familia animal que había crecido bajo mi protección a lo largo de los años.

Estaba escrito en mi destino el permanecer siempre allí, inmóvil, sin la posibilidad de correr o jugar, tal como lo hacían todos estos animales cercanos a mi vida.

En ocasiones se volvían incomprensibles aquellos pensamientos que trataban de asumir mis circunstancias. Pero así mismo, era la propia naturaleza quien respondía a mi martirio; gradualmente me fui dando cuenta de que la vida lentamente dejaba de ser mía para unirse al camino de las pequeñas criaturas que compartían a mi lado.

Había vivido tanto tiempo qué ver nacer, crecer y también morir, se había convertido en algo rutinario.

Sería necio admitir que no sufrí al ver cómo este ciclo afectaba hasta a mis amigos más cercanos. El primero fue el ceibo, con aquel tronco tan fuerte y esa altura imponente, parecía incluso absurda la idea de su muerte. Con el tiempo fue debilitándose, hasta desplomarse en silencio.

Todo el mundo lo sabía, era obvio con solo mirarlo en sus últimos días, pero aun así no podíamos hacer nada. Fue entonces cuando me di cuenta de lo doloroso que se vuelve este ciclo de la vida. Fui consciente de cómo la muerte llega sin avisar, eligiendo al azar, tal como cuando un rayo partió en dos al samán; tan

joven y en su momento más próspero, perdió su vida dejando a su paso animales sin refugio y dolor del que no pudimos recuperarnos por un tiempo.

Pasaba mi tiempo observando a todas las criaturas cumplir con su ciclo, y a través de ello pude comprender que no todo se pierde, sino que vuelve a ser parte de nosotros mediante los extraordinarios procesos que cumple la naturaleza.

Gracias a la experiencia aprendí que no era necesario ver el paso de los años en otros, cuando yo también estaba vivo y los años también generaban cambios en mí.

Comencé a darme cuenta de que ya no tenía la suficiente fuerza y estabilidad para seguir resistiendo los retos que me daba el clima. Creo que el deseo de continuar protegiendo a aquellos que vivían tranquilos cerca de mí, lograba sobrepasar cualquier malestar físico que se presentara en mi ser.





Pero en ocasiones me consumía la ansiedad, porque no quería dejar de ver cómo los mapaches caracoleros jugaban entre mis raíces en busca de alimento; cómo el colibrí esmeralda se acercaba a saludar y cómo la zarigüeya de cuatro ojos buscaba un lugar para dormir.

Los recuerdos comenzaron a consumirme de una manera que hace mucho tiempo no experimentaba. Aquellas memorias importantes de mi pasado comenzaron a aflorar con una claridad sorprendente.

Recordaba vívidamente la primera vez que llegó a nuestra pequeña comunidad la iguana rayada, sus colores brillaban cuando salía a tomar sol por las mañanas, y se escondía por la tarde bajo mis hojas, cuando el calor comenzaba a golpearlos con más intensidad.

El armadillo de nueve bandas llegó después, compartíamos tardes amenas y durante las noches lo escuchaba escarbar entre las raíces del mangle negro, buscando insectos y pequeños invertebrados para alimentarse.

Pero no todos los recuerdos eran de llegadas. También recordaba las partidas, que empezaron a llenar de tristeza mis entrañas.

Yo los protegía y los cuidaba desde siempre, no veía mi vida sin ellos. Pensé para mis adentros que lo haría todo por verlos bien y a salvo.

Hasta que llegó el día que me puso a prueba...cuando me di cuenta de cómo el cielo se teñía de un tono amenazante y la intensidad de las olas comenzaba a golpearme cada vez más fuerte. Supe que debía dejar mi vida para proteger la de estas pequeñas criaturas.

Sentía miedo por mí, pero me encontraba aún más temeroso por el futuro de quienes dependían de un manglar tan viejo como yo.

La tormenta llegó con una intensidad que no había presenciado en años. Seguramente, si hubieran sido otros tiempos, no me habría inquietado tanto, pero ahora que conocía mis limitaciones, la ansiedad comenzaba a incrementarse aún más.

El viento comenzó a tirar fuerte de mi follaje. Mis raíces se aferraron al suelo con toda la fuerza que pudieron reunir. Luchaba con tal determinación por no rendirme que sentía cómo el agua chocaba una y otra vez contra mi tronco, queriendo obligarme a quebrarme, pero no cedí.

Aquellas heridas y ramas quebradas me generaban dolor, pero ese sufrimiento era opacado por el deseo de prevalecer ante la tempestad. Sentía, junto a todo esto, la vitalidad de quienes se refugiaban y no se desprendían de mi tronco, dándome fuerzas para seguir en pie.

Así pasaron horas de lucha que se sintieron una eternidad. La lluvia dejó de caer, las olas cesaron de golpear con tanta furia y el viento se transformó en una brisa fresca. Yo seguía en pie, herido pero triunfante. Con mis últimas fuerzas me alivié al ver que había cumplido mi promesa de protegerlos y cuidarlos.

Cuando finalmente me desplomé, sentí el abrazo de mis compañeros manglares rojos y de las criaturas que habitaban en mí.

Entonces supe que en realidad no moría, sino que me convertía nuevamente en lo que al inicio fui: tierra fértil, refugio eterno, vida que florece.

FIN.





El secreto de la Gran Perla

Alumno: Ezequiel Jireh Goya Acosta

Edad: 14 años

Hola soy Carlos un joven guayaquileño, nunca tomé en serio los mitos y leyendas, pero mi abuelo, un hombre sabio, don Felipe, era descendiente de una de las culturas más emblemáticas de Guayaquil los chonos, una gran cultura que se ubicó en la cuenca del gran río Guayas, lugar donde florecen grandes manglares, en el podemos encontrar mangle rojo y ceibo.

¡Caramba!, me estoy distraendo... pero como no, si estoy hablando de mi bella ciudad con su gran biodiversidad.

Les contaré una de las historias que más me fascinaba escuchar de niño, mi abuelo don Felipe me contaba que existieron 2 grandes guerreros Kauri y Yuki, los magnánimos guardianes del gran río Guayas.

El abuelo relataba con tanto entusiasmo que ellos custodiaban la gran perla, situada en la esplendorosa Isla Santay, lugar donde los animales cantaban y las flores danzaban, los guayacanes florecían; y, como nada es de color de rosas existía un ser mítico, la Boa Esmeraldas, una serpiente que se alimentaba de las almas de los seres de aquel paraíso, buscaba robar el poder de la gran perla, pero siempre el potente colibrí esmeraldas se lo impedía una y otra vez...

¡JAJAJA! nunca tomé en serio esta leyenda, sonaba muy absurdo que animales cantaran y las flores danzaran...

Pero todo cambió cuando yo lo viví, ¡Ja! suena absurdo, pero sí, cuando llegó mi cumpleaños número 14 exploré el mundo de las cosas míticas, me adentré en la gran isla Puna donde el ceibo crece, se decía que el ceibo era la clave para conocer ese gran mundo, exploré toda la isla en busca de una pista, pero nunca encontré.

Al cumplir mis 17 años, mi abuelo, quien estaba a punto de partir de este mundo me dijo que el gran Guacamayo verde mayor me daría la respuesta a mi exploración, me quedé muy confundido, ¿Un Guacamayo Verde?, él con una gran sonrisa me dijo que sí, me entregó un collar con una gran perla, me quedé

muy sorprendido, me pregunté ¿Mi abuelo siempre llevó la gran perla?

Meses después de la partida de mi abuelo me adentré a los grandes bosques de Guayaquil, inicié mi exploración en busca del Guacamayo verde mayor, en el transcurso del viaje me encontré a muchos animales emblemáticos, la gran iguana rayada, el mono aullador manto negro, pero entre todos ellos me topé al

gran colibrí esmeraldas. Me espanté cuando el colibrí me habló, se presentó, me dijo que se llamaba Kauri, le pregunté: ¿Igual que la gran guerrera?, se asustó cuando le hablé de la gran guerrera, él solo escuchaba, pensé que era un sueño y me pregunté: ¿me estaré volviendo loco?, el colibrí me llevó a un pasaje secreto en el cual había un bosque seco y sin vida, me dijo que la gran boa logró

llevarse la perla que le daba vida a este hermoso bosque.

Por un momento pensé en contarle sobre la perla que me dio mi abuelo. pero... la perla empezó a brillar, algunos de los laureles de cera empezaron a florecer en ese lugar, kauri me vio fijamente,





aunque ya sabía lo que venía, sabía que si yo tenía la perla yo era descendiente de los chonos; empezamos un gran viaje para devolver la gran perla para que isla vuelva a tener vida, en el viaje me presentó a un curioso mono aullador, el mismo que nos acompañó por los misteriosos bosques, nos contó que la boa destruyó su pueblo y perdió a toda su familia, yo les comenté que mi abuelo siempre me hablaba sobre kauri y Yuki.

El gran mono se asombró por todo mi conocimiento acerca de la isla y sus criaturas mágicas, en el camino vimos gigantescos ceibos, esa visión aclaró mi duda, los ceibos si conectan con la gran isla solo que al no tener la perla no existía esa conexión... Después de atravesar el bosque pasamos al gran reino del manglar, mi abuelo me hablaba sobre este reino, él decía que estaba habitado por miles de cangrejos, especialmente crecía el mangle rojo.

En este reino nos encontramos a la gran iguana rayada, la misma que nos empezó a acompañar, como gran conocedora de todos sus espacios, nos informó que este es uno de los reinos más peligrosos, nos encontramos con muchos obstáculos, uno de ellos el temido cocodrilo Juancho, luchamos contra él, y como ganamos la batalla nos dio la llave de una potente puerta, detrás de ella encontraríamos una semilla de ceibo. Me pidió que encuentre al gran guacamayo - pregunté: ¿Dónde lo puedo encontrar?, él solo se esfumó, al parecer era solo un espíritu, pero ¿Por qué nos dio esa gran pista?

Atravesamos el majestuoso reino, adentrándonos al gran río Guayas, tenía miedo por la oscuridad de sus aguas, al sumergirme vi cosas tan hermosas, muchas especies maravillosas, pero, solo era un pasaje secreto, llegamos a Pacha un lugar donde todas las especies hablaban y conviven en armonía, eso demostraba que estaba cerca del gran Guacamayo verde, era el único ser que tenía una perla dentro de él debido a que nacieron del mismo árbol de Cera.

Pasamos por varias situaciones, una de ellas, el gran río Guayas se estaba secando... ¿pero ¿cuál era el motivo de aquel suceso?...

La boa esmeralda estaba atacando, sentía el poder de la perla, yo sabía que vendría por mí, en ese preciso momento apareció el majestuoso Guacamayo verde con sus grandes alas e imponente tamaño, fue directamente a atacar a la boa, era mi oportunidad de luchar, aunque no tenía fuerza ni experiencia alguna,

en el campo de batalla Kauri me aconsejó que me apresurara a poner la gran perla en el lugar donde estaban los Guayacanes y los Ceibos. Me apresuré, sabía que el gran Guacamayo estaba haciendo tiempo para que yo cumpliera con mi cometido, colocar la gran perla en su lugar, la iguana rayada y el mono

me acompañaron, al llegar al lugar estaba la Boa esmeraldas, me asombré, al parecer todo el tiempo fue una ilusión.

El gran Guacamayo perdió su tiempo, los seres míticos como las pequeñas hadas empezaron a volar lejos del lugar, yo sabía lo que me esperaba, justo en ese momento aparecieron Kauri y Yuki, me asombré bastante enterarme que el pequeño colibrí era el verdadero Kauri, y que la gran iguana sea Yuki.

Ellos me acompañaron todo este tiempo, se estaban asegurando de que la gran perla llegara sana y salva a su verdadero reino, que sea colocada junto al ceibo y a los guayacanes, me hablaron sobre mi abuelo, diciéndome que también fue un gran guerrero, que los acompañó en varias luchas y que cuando la boa se llevó la perla, ellos la recuperaron y se la encargaron para su custodia, recomendándole que se vaya lejos de la isla, que hiciera una vida en la ciudad hasta que llegara el momento adecuado de regresar.





Mi abuelo no tuvo más opción que abandonar a su pueblo, sabía que si la boa encontraba la perla sería el fin de la gran ciudad de Guayaquil...

Los chonos y otros seres mágicos elaboraron una perla similar pero falsa y se le había entregaron a la boa, en ese momento empezó todo, ya que la perla estaba lejos, muy lejos, el bosque se empezó a secar, cuando la boa se dio cuenta del engaño destruyó grandes pueblos, en el intento por defender su tierra falleció

Yuki, pero su alma se quedó en la iguana rayada y se volvió una especie importante, pero ¿Por qué? Kauri prefirió ser un colibrí, me explicó que el colibrí es una especie diminuta pero fuerte, que también luchaba junto a ellos, se sacrificó dándole su cuerpo porque sabía que la isla no llegaría lejos sin Kauri...

Pero no nos saltemos tanto, luego de que me dijeron eso empezó una gran lucha que sacudió a todo el Ecuador, el gran mono aullador resultó ser un espíritu un Dios conocido como Aoki; todo el tiempo estuve rodeado de seres poderosos, me dijeron que dentro de mi habitaba un gran poder que se asemejaba a la de un Dios, me asusté, mi abuelo nunca me comentó sobre esto, solo me contaba una gran leyenda que terminó siendo parte de sus luchas de juventud, la perla empezó a brillar y me alzó... empecé a brillar... me salieron alas de colores iguales a la del Guacamayo verde mayor, al parecer mi abuelo siempre tuvo razón, el guacamayo me daría la respuesta a todo, él se encargó de proporcionar mi poder, el espíritu de mi abuelo me habló y me dijo que luchara y salve a nuestra isla.

Luche contra la Boa esmeralda junto al Guacamayo verde mayor, la iguana rayada y el mono, salimos a la superficie, era algo raro, las personas solo gritaban fue una gran lucha, pero con mi poder creé un gran ejército de chonos y llamé a magnánimos guerreros como Guayas y Quil, les dije que disculpen por invadir su sueño eterno, pero ellos lucharon solos demostrando su poder, los necesitaba en mi ejército de chonos, los guayaquileños evacuaron a zonas cercanas para evitar muertes, la boa atacó primero, les lanzó grandes hechizos, aumentó su tamaño, se hizo colosal.

Majestuosos animales como el Perico y el venado de cola blanca lucharon juntos en un solo ejército con otros seres mágicos como hadas del agua y de la tierra, la boa también llamó a su ejército, se le unió el murciélago pescador y el mapache cangrejero. Luchamos y luchamos, nunca pensé que esto fuera real, mi ejército derrotó al mal, salvamos a Guayaquil, pero la boa no se quedó atrás, antes de desaparecer echó una maldición a la ciudad... —las personas se olvidarán de todo y empezarán a cazar a las especies que ayudaron en la batalla—, traté de que la maldición desapareciera, pero no lo pude lograr.

Luego de eso puse la perla en su lugar, los ceibos florecieron, los manglares crecieron, los animales volvieron a danzar, me emocioné al ver ese gran mundo de nuevo tal y como me contaba mi abuelo, Kauri y Yuki me agradecieron por ayudarles a ganar una batalla que ellos intentaron durante años, les pregunté si me podía quedar ellos, aceptaron, pero me dijeron que debía de pasar un tiempo en la ciudad para cuidar de que no se extingan las bellas aves y los hermosos animales que danzaban.

Ahora los animales cantan con bellas melodías, se escucha el hermoso canto de un pájaro y el sonido de un mono; las flores danzan, cambian y cambian de color, que hermosa es nuestra biodiversidad.

Salí del gran bosque con un sin número de animales que se volvieron emblemáticos como el gran Guacamayo verde, volví a mi hogar en el cerro Santa Ana, divisé desde lejos como en la gran Isla Santay crecían grandes manglares como el jeli. Solo sonreí.

Aunque cuando regresé mis padres no me creyeron, a través de la maldición de la boa esmeraldas los Guayaquileños olvidaron todo y como se arregló todo el daño nunca quedaron pruebas del





acontecimiento. Cuando mi familia me dice —¿Por qué mientes?—, solo me quedo en silencio, mi abuelo estaría super orgulloso de mi y de mis logros... de como luce por mi linda ciudad... de como di todo mi esfuerzo.

Gracias a mi abuelo me hice un hombre sabio, empecé a explorar los bosques, los ecosistemas y los manglares. Ahora ya tengo 30 años de edad y les cuento a mis hijos toda mi travesía, les hablo sobre nuestra cultura y de la importancia de cuidar nuestra biodiversidad. Nunca pensé que me volvería un guerrero ni que mi abuelo me proporciona mucho conocimiento a través de los cuentos que me contaba desde pequeño.

Hoy los Guayaquileños no recuerdan aquel suceso, pero sé que si exploran los manglares y los grandes bosques encontrarán ese mundo mágico: donde los animales hablan, las flores danzan y los grandes guerreros habitan y nos protegen de los malos espíritus.

FIN.





El bosque de los manglares

Autora: Brithany Analía García Flores

Edad: 16 años

En la costa, donde el mar se junta con la tierra, había un lugar muy especial: un bosque lleno de vida, allí crecían los mangles rojos y los mangles negros, árboles fuertes que parecían guardianes, porque con sus raíces cuidaban el suelo para que las olas no se lo llevaran, entre esas raíces vivían muchos animales que dependían de ellos.

En las ramas más altas se encontraba Arami, un guacamayo verde mayor, sus plumas brillaban con tonos verdes y amarillos, y siempre despertaba al bosque con su canto fuerte y alegre, a él le gustaba ver cómo el sol iluminaba el agua por las mañanas.

Cerca de las flores volaba Nima, un colibrí esmeralda occidental, era muy pequeño, pero rápido y curioso, pasaba el día bebiendo néctar y saludando a los demás animales con el zumbido de sus alas.

En el agua vivía Tzai, un cribo, era una serpiente larga y brillante que se deslizaba con calma, aunque algunos le tenían miedo, él no hacía daño sin necesidad; más bien ayudaba a mantener el equilibrio cazando solo lo justo.

Un día, Arami escuchó a unos hombres que planeaban cortar los manglares para construir casas, preocupado, reunió a sus amigos:

—Si destruyen los manglares, ¿qué será de nosotros? —preguntó con tristeza. Nima revoloteó nervioso.

—Yo perderé mis flores, tú perderás tus ramas, y muchos peces ya no tendrán refugio.

El cribo, con su voz tranquila, dijo:

—Tenemos que mostrarles a los hombres que este lugar está vivo y que lo necesitan tanto como nosotros.

Los tres hombres decidieron actuar, esa mañana, cuando los hombres llegaron con sus herramientas, el bosque se llenó de energía, los animales actuaron, Arami el guacamayo desplegó sus alas enormes y comenzó a cantar tan fuerte que los hombres levantaron la vista sorprendidos, su canto no era como los sonidos de siempre: esta vez parecía una llamada de auxilio y al mismo tiempo una advertencia.

El pequeño Nima voló con destreza alrededor de un niño que acompañaba a su padre, el colibrí brillaba bajo la luz del sol como una joya verde en movimiento. el niño, asombrado, trataba de seguirlo con los ojos sin perder detalle.

Mientras tanto, Tzai salió del agua. Su cuerpo se movía con elegancia entre las raíces, no para dar miedo, sino para mostrar su fuerza tranquila. Los hombres lo miraron con respeto, entendiendo que no estaban solos en ese lugar.

De pronto, la naturaleza misma se unió a ellos, la marea subió con rapidez, y aunque las olas golpeaban fuerte, las raíces de los manglares resistieron, el suelo permaneció firme, protegido como siempre por esos árboles guardianes. Los hombres se quedaron callados, asombrados de lo



que estaban viendo, comprendieron que, sin los manglares, el mar habría devorado la tierra en cuestión de días.

Fue entonces cuando el niño, con voz inocente pero firme, le dijo a su padre —

—Papá, no los cortes, este bosque es el hogar de muchos animales y también nos cuida a nosotros, si lo destruimos, perderemos mucho más de lo que ganaremos.

El padre lo escuchó y miró alrededor, vio al guacamayo cantando, al colibrí brillando, a la serpiente deslizándose con calma, y comprendió que todo eso formaba parte de un equilibrio perfecto, con un gesto de decisión, guardó sus herramientas, los demás hombres lo imitaron y, en lugar de talar los manglares, pensaron en otra idea.

—Construiremos un sendero de madera —dijo uno de ellos—, así podremos venir a visitarlo sin hacerle daño.

Y así lo hicieron, no fue un trabajo rápido, sino algo que planearon con cuidado. Primero, el grupo de hombres decidió no cortar ningún árbol nuevo, buscaron en los pueblos cercanos madera que ya no se usaba, como troncos caídos y tablas viejas de construcciones abandonadas.

El niño que los acompañaba también ayudaba, cargando pequeños clavos o sujetaba una cuerda para medir las distancias, todos comprendieron que, si iban a construir en el bosque, debía de ser de manera responsable.

Con paciencia, comenzaron a clavar estacas de madera entre las raíces, pero siempre observando bien para no lastimarlas, algunos se agachaban a tocar las raíces y decían:

—Tenemos que tratarlas como si fueran nuestras propias venas, porque por aquí circula la vida del manglar.

Una vez colocadas las estacas, unieron las tablas para formar un camino que parecía flotar sobre el agua, al principio era corto, pero poco a poco se fue alargando, como un puente que llevaba hacia el corazón del bosque; los hombres trabajaban bajo el sol, sudando y cansándose, pero cada vez que levantaban la cabeza y veían al guacamayo cantar o al colibrí brillar en el aire, recordaban que valía la pena.

El niño, emocionado, fue el primero en caminar sobre el sendero terminado, desde allí pudo mirar a los peces nadando el río y escuchar el murmullo del agua tranquila. Con una sonrisa dijo:

—Ahora todos podremos venir a disfrutar de la naturaleza, pero sin hacerle daño al bosque.

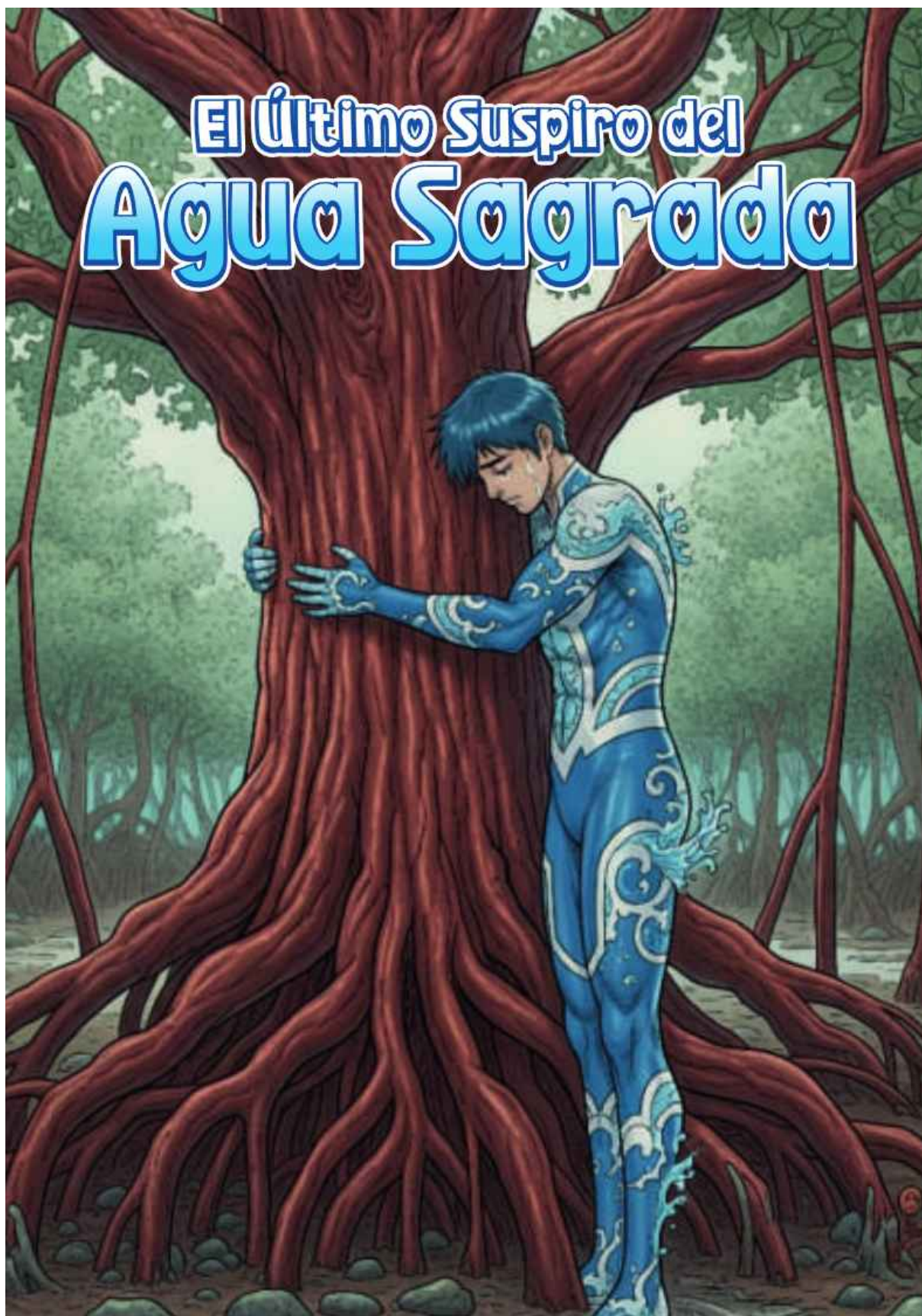
El sendero quedó hermoso: un pasillo de madera sencillo, pero lleno de significado, ya no se trataba solo de unas tablas unidas, sino de un puente de respeto entre los hombres y la naturaleza.

Cada vez que alguien lo recorría, sentía que estaba entrando en un lugar sagrado, un hogar compartido donde animales, plantas y personas podían convivir sin destruirse unos a otros.

Gracias al sendero que construyeron los hombres, ellos podían visitar y conocer más del bosque y de sus animales. Este sendero, que costó tanto trabajo, valía la pena, pues no solo los hombres del lugar iban a visitar el bosque, sino que también llegaban muchas personas de fuera, quienes se habían enterado de que existía este sendero.

Desde aquel día, el bosque de manglares sigue vivo y lleno de magia, Arami canta cada mañana para despertar al sol, Nima danza entre las flores con sus alas de esmeralda, Tzai cuida las aguas en silencio, y los mangles permanecen firmes como guardianes eternos, cada raíz, cada hoja y cada animal recuerdan a todos que la naturaleza vale más viva que destruida.







El guardián del agua dulce, con su piel de escamas brillantes como la plata, flotaba en la tranquilidad de la mañana. Durante eones, había protegido el equilibrio del ecosistema, donde lo dulce del río se encontraba con lo salado del mar. Su responsabilidad más preciada eran los manglares, quienes descansaban con sus raíces entrelazadas en el barro, eran su hogar y su propósito. Era un mundo de vida, donde el zumbido de los colibríes que cruzaba entre los árboles era tan común como el chapoteo de los peces.

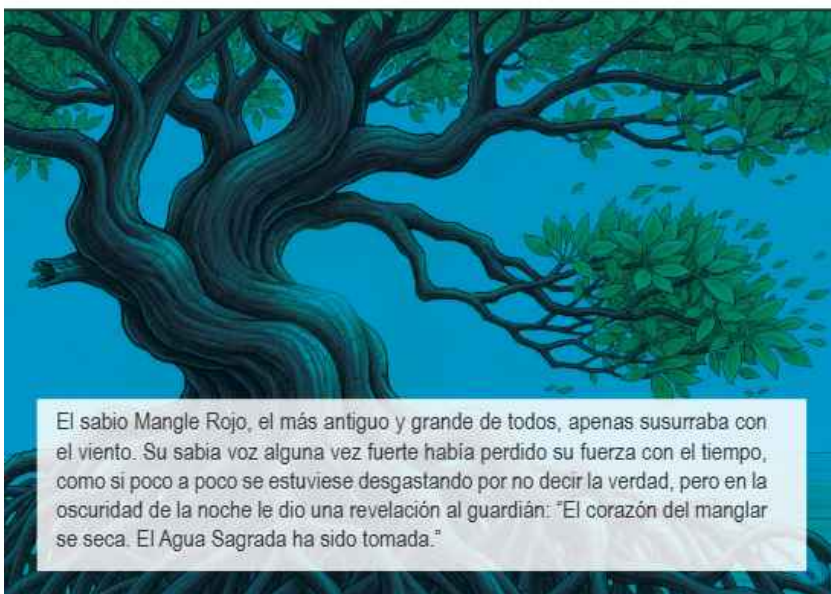


Pero algo no andaba bien. El guardián lo sentía en lo más profundo de su ser. Los colores vibrantes del manglar se habían apagado, como si una capa de tristeza invisible se hubiera posado sobre ellos. Una tranquilidad sospechosa e inusual se había instalado en las aguas, donde antes había cantos de felicidad y el bullicio de la vida silvestre. Ahora solo quedaba el silencio, el miedo y la desesperación. Los renacuajos no nacían, las algas se volvían grises y las raíces de los mangles se agrietaban cada vez más.



El guardián, confundido, se deslizó por las aguas revueltas en busca de respuestas. Sabía que la clave de la vida de todo el manglar era un manantial de agua pura, oculta a la vista de todos, pero nunca se había imaginado que su existencia estuviera en peligro.

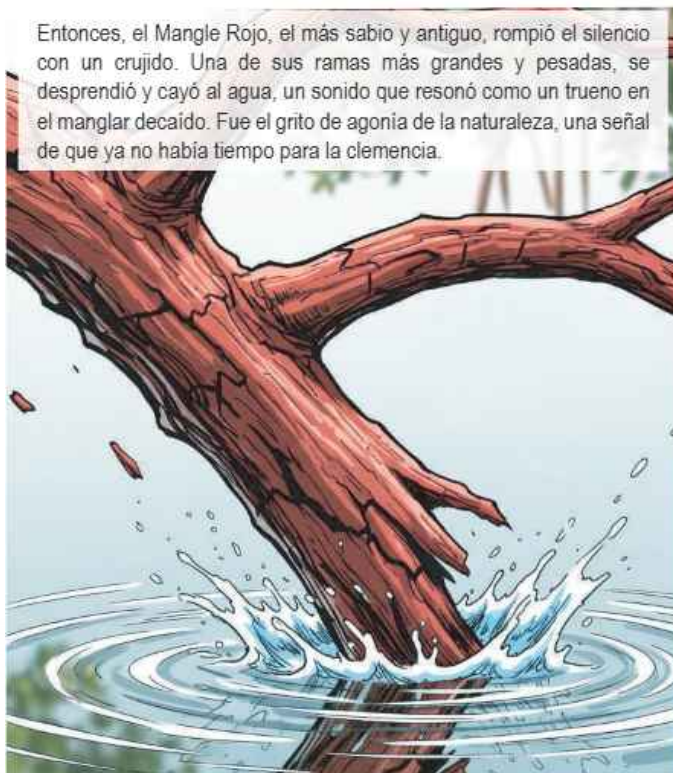
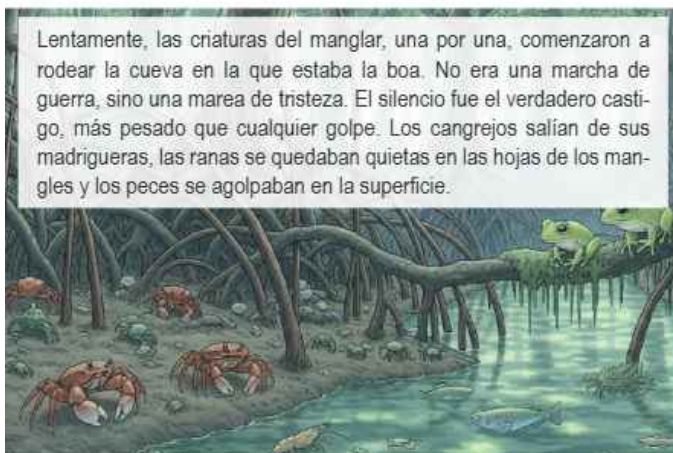
El sabio Mangle Rojo, el más antiguo y grande de todos, apenas susurraba con el viento. Su sabia voz alguna vez fuerte había perdido su fuerza con el tiempo, como si poco a poco se estuviese desgastando por no decir la verdad, pero en la oscuridad de la noche le dio una revelación al guardián: "El corazón del manglar se seca. El Agua Sagrada ha sido tomada."





La Iguana Rayada bajó la cabeza, evitando la mirada del guardián, y el Búho Pigmeo agitó sus alas, como si quisiera escapar. Se sentían atrapados, pues las promesas de vida eterna de la boa chocaban con la culpa que sentían al ver el manglar apagarse. Ya que ellos lo habían notado antes que todos, que el manglar estaba muriendo de a poco, que la luz que llenaba de vida el ecosistema se estaba quedando sin su brillo. Sabían que la promesa de la boa no valía la vida de su hogar.



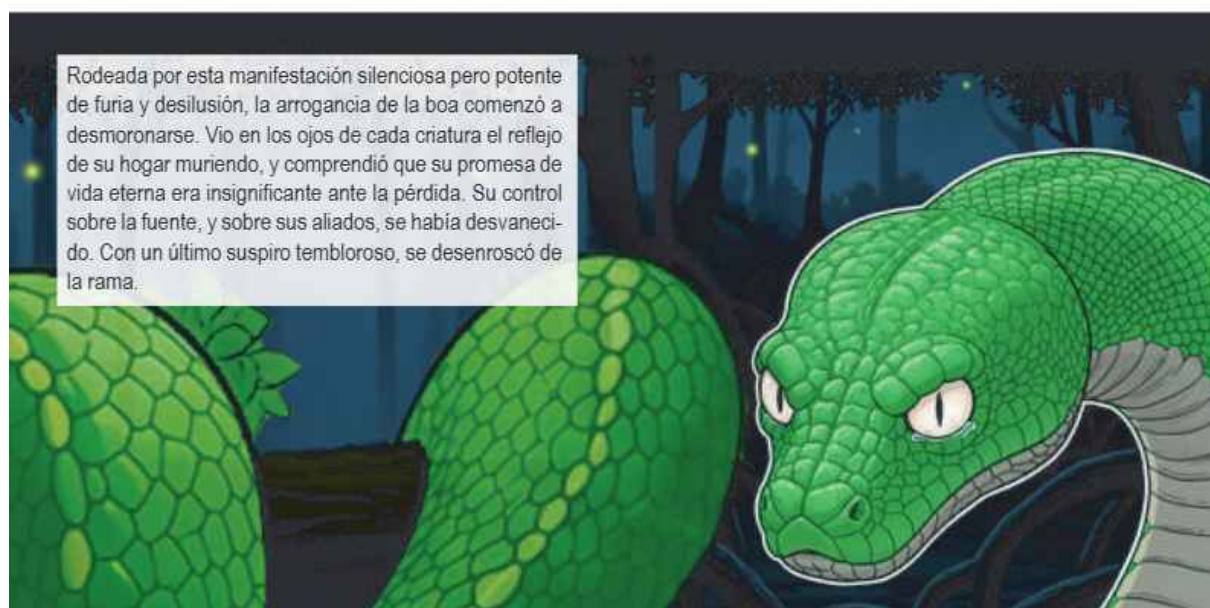
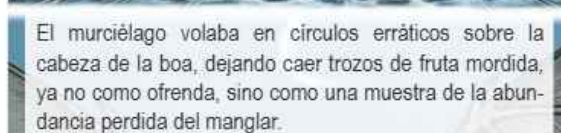
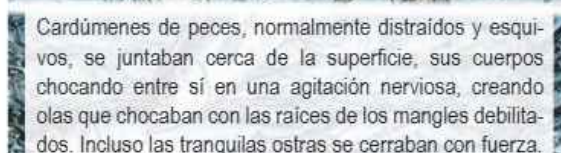
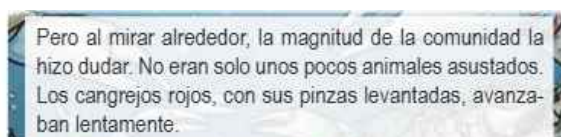
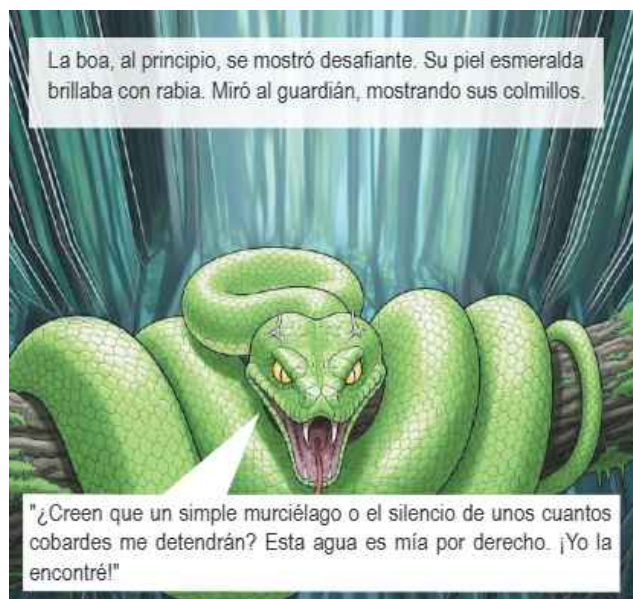


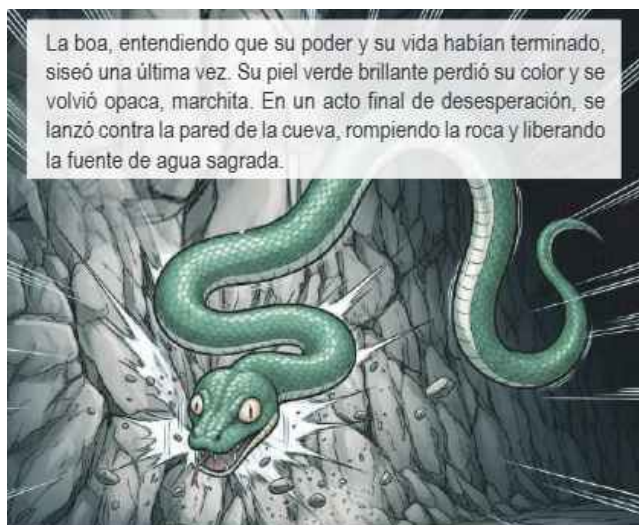
Mientras la boa se distraía con la furia del guardián, el colibrí voló por cada rincón del manglar. No gritó ni acusó. Simplemente susurró una verdad: "El Agua Sagrada ha sido retenida. Por eso, el corazón del manglar se ha secado". Uno a uno, cada ser vivo del manglar lo supo, los camarones, los peces, las ranas y los cangrejos se enteraron, sus miradas fueron de sorpresa y preocupación, ya que, aunque sospechaban que algo estaba pasando en el manglar, no se imaginaban el tamaño del desastre.



Después de que el colibrí expusiera la verdad y el Mangle Rojo resonara su lamento, un murciélago frugívoro, que solía revolotear feliz entre las flores del manglar, descendió planeando con un graznido áspero, casi un grito de dolor ante la visión del hogar enfermo. Se unió al silencio acusador de la comunidad.







La boa, entendiendo que su poder y su vida habían terminado, siseó una última vez. Su piel verde brillante perdió su color y se volvió opaca, marchita. En un acto final de desesperación, se lanzó contra la pared de la cueva, rompiendo la roca y liberando la fuente de agua sagrada.



La fuerza del impacto fue tal que el agua brotó como un chorro de vida, barriendo con la roca, con la cueva y con la boa.



El agua pura arrastró la mentira y el engaño, inundando el manglar con una corriente poderosa. La vida regresó con la furia de una inundación, pero esta vez, para sanar.



El manglar fue purificado, renació de sus cenizas y se transformó en un recordatorio de que la arrogancia y la avaricia solo traen muerte, pero que la vida, al final, siempre encuentra su camino para resurgir, incluso a través de la destrucción.

Fue el último suspiro del engaño; el primer aliento de la vida y la eterna respiración del manglar.





ISBN: 978-956-9037-39-9

